

MARCELO DI MARCO

25 NOCHES DE  
INSOMNIO

HISTORIAS QUETE  
QUITARÁN EL SUEÑO

BÄRENHAUS

# **25 NOCHES DE INSOMNIO**

**HISTORIAS QUE TE QUITARÁN EL SUEÑO**

**MARCELO DI MARCO**

MARCELO DI MARCO

# 25 NOCHES DE INSOMNIO

HISTORIAS QUE TE  
QUITARÁN EL SUEÑO

BÄRENHAUS

Marco, Marcelo di  
25 noches de insomnio / Marcelo di Marco. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:  
Bärenhaus, 2019.  
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-4109-38-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título.  
CDD A863

© 2019, Marcelo Di Marco  
Corrección de textos: Florencia di Marco y Marina di Marco  
Diseño de cubierta e interior: Departamento de arte de Editorial Bärenhaus S.R.L.  
Todos los derechos reservados



© 2019, Editorial Bärenhaus S.R.L.  
Publicado bajo el sello Bärenhaus  
Quevedo 4014 (C1419BZL) C.A.B.A.  
[www.editorialbarenhaus.com](http://www.editorialbarenhaus.com)

ISBN 978-987-4109-38-5

1º edición: agosto de 2019  
1º edición digital: agosto de 2019

Conversión a formato digital: Libresque

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

## **SOBRE ESTE LIBRO**

El terror psicológico, el humor negro, el horror sobrenatural y la apocalíptica sensación de vacío existencial de la posverdad son los motores que ponen en marcha a estas oscuras narraciones. Muchas de ellas se inspiran en hechos reales a los que el autor sobrevivió para contarlos: el secreto del éxito de Marcelo di Marco es sacar a pasear a sus monstruos bajo la tenebrosa y digna luz de un plenilunio común a todos los que se atreven a sumergirse en las profundidades del alma.

Cualquier relato de 25 noches de insomnio podría guionarse para *Black Mirror* o *La dimensión desconocida*.

Nicolás Amelio-Ortiz

A *25 noches de insomnio* se la juzgará, tal vez, como la obra narrativa más políticamente incorrecta de la literatura argentina de principios de siglo. Lo que usted ahora mismo tiene entre sus manos, estimado lector, es un futuro clásico de la fantasía y el espanto. Así que tenga cuidado y sosténgalo con decisión. No, así no. ¡Con decisión, dije, con el pulso bien firme! Con ganas de intentar que esta granada de mano no le despedace la cabeza.

Pablo Di Marco

## **SOBRE MARCELO DI MARCO**

**Marcelo di Marco** es un consagrado autor del género fantástico en Argentina, y uno de los talleristas más reconocidos. Especializado en cine y narrativa de horror, dio talleres de literatura fantástica en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, fue secretario de redacción de la revista *La Cosa* y fundó en 2005 el círculo de escritores La Abadía de Carfax. Sus dos últimos títulos de ficción oscura son *Victoria entre las sombras* (2011, novela) y *La mayor astucia del demonio* (2016, relatos). Acerca de su perfil como ensayista, en el especial Segundo Aniversario de la revista *La Balandra* se lee: "El nombre de Di Marco se instaló definitivamente en el mundo literario a partir de un libro sobre las herramientas de la escritura: el bestseller *Taller de Corte & Corrección*".

*A veces la vida necesita no huir de las sombras de la muerte, sino, por el contrario, dejarlas crecer en sí, hasta los límites del desfallecimiento, hasta el fin de la misma muerte.*

GEORGES BATAILLE, *La literatura y el Mal.*

*Los niños siempre sentirán miedo a la oscuridad, y el adulto, a merced de los impulsos hereditarios, siempre se estremece al pensar en los mundos insondables, preñados de vida extraña, que habitan los espacios interplanetarios, o en las dimensiones impías que rodean a nuestra tierra vislumbradas sólo en momentos de locura.*

H. P. LOVECRAFT, *El horror sobrenatural en literatura.*

*Todo lo que hay en esta sala es comestible. Hasta yo lo soy. Pero eso sería canibalismo, queridos niños, y está mal visto en la mayoría de las sociedades.*

ROALD DAHL, *Charlie y la fábrica de chocolate.*





# EL VACÍO

Oculto detrás de la puerta se preparó, con el corazón en un puño y aferrando el Trail Master recién afilado: una no-muerta acababa de salir lentamente de entre el pinar, bajo la luna. Tambaleándose de harapos oscilantes y tropezando con rocas y raíces, paso a paso avanzaba hacia la cabaña.

Seguro que lo había olido. Los olores de su carne viva y de su adrenalina le habrán llegado a la zombi a través de la espesura de los pinos, y a pesar de la bosta fresca con que él se había embadurnado el cuerpo antes de afilar el cuchillo: el *Bacillus No-Sferatu* mutaba, los volvía más y más perceptivos en cada evolución.

Pero sabía qué debía hacer. Debía dejar que aquella aberración entrase, debía saltar de entre las sombras y sorprenderla y hundirle el Trail Master de una sien a la otra. No era la primera vez, ya se consideraba un experto. El cuchillo penetraría los huesos temporales como si fuesen simples cartílagos, él arrojaría a la zombi al mar desde el acantilado, y así podría seguir acondicionando esa destartada cabaña como para sobrevivir hasta que llegara algún socorro.

Le extrañó no oír los pasos de la zombi cuando entró por la puerta, voraz, pero eso era lo de menos: giró y se plantó frente a “ella” y le enterró el cuchillo en las sienes y...

Y no, el cuchillo no se había enterrado en las sienes: ¡el cuchillo había pasado de largo, y en el envión su brazo siguió viaje fuera de control como si traspasara el aire, y ahora él trastabillaba y caía al suelo! Y aquella se le abalanzó, y trató de apuñalarla desde abajo; pero el Trail Master sólo hendía el vacío. Y, antes de morirse bajo el contacto de esas manos que al instante disolvían cada parte de su cuerpo que tocaban —aunque eso no era precisamente un *tocar*—, él lo comprendió: los pronósticos que los científicos militares lograron difundir antes del colapso de las redes habían sido certeros; en su mutación, el *Bacillus No-Sferatu* ya estaba pasando, victorioso y terminante, a la fase *Spectrum-Corrosivus*.

## LA MENTE HUMANA ES CAPAZ DE TODO

—Necesito que me diga dentro de cuánto tiempo se me van a caer, doctora, ¿me entiende? Ni mirarme al espejo puedo, me doy asco y me dan ganas de llorar. La crema que usted me recetó me hace peor, me reseca. Parezco un monstruo. Antes yo era una mina feliz, y ahora me dan ganas de desaparecer. De morirme me dan ganas. Y tengo la impresión de que en el trabajo quieren cambiarme de departamento. Si es que no están pensando directamente en echarme, con cómo está todo.

Yo me sentía exhausta. Llevaba escuchando el relato de Marisel durante unos tres cuartos de hora, y la pobre, sentada frente a mí y de codos sobre el escritorio, no terminaba de desahogarse. Sus ojos celestes no podían controlar las lágrimas. Era mi última paciente del día —ni la asistente quedaba en la recepción—, y yo no veía la hora de que dejara de desenrollar esa madeja que salía de su boca, siempre en el mismo tono invariable y uniforme. En un momento calló y desvió la vista, superada por lo que me estaba diciendo, y de reojo pude echar un vistazo por la ventana que daba a la plaza: ya era de noche, y el viento del invierno sacudía las hojas del gomero de la esquina. Me imaginé en casa, calentando el gulash de la noche anterior y descorchando un malbec.

Adentro, la corriente cálida del aire acondicionado hacía que las partículas que nevaban lentas de la cara de Marisel al escritorio temblaran casi imperceptiblemente. A medida que ella me relataba su “caso especial” —así llamaba al voraz eccema atópico que estaba consumiéndole la piel y el alma—, el vidrio que protegía la superficie de mi escritorio se iba cubriendo de unos como *peperoncini* triturados. Y ya había un montón.

—Estas costras espantosas —seguía diciendo, y me mostraba sus dos perfiles, con lo que la lluvia de cascaritas rojas se intensificaba—. ¿Me quedarán marcas, doctora? ¿Contagio, yo? Eso me preguntaron el otro día en la oficina de Personal. Ya me está dando pánico salir de día. Tengo que ir caminando, porque en el subte me miran tod...

Pero no pudo terminar la frase, porque yo estiré la mano hacia ella y levanté con los dedos en pinza un montón de esos *peperoncini* y me los llevé a la boca. No me había equivocado: tenían un gusto similar al ají picante, aunque no picaban mucho.

Marisel me miró con una cara de horror imposible. Su mueca fue tan horrenda que hasta la hacía parecer linda.

Yo seguí engullendo el resto de aquellas partículas. Las trituraba con los dientes.

La oí gritar cuando escapó del consultorio, directo a la puerta del departamento.

Al mes volvió, radiante.

Y sana.

Mi rapto de inspiración había resultado. Magia simpática.

A veces sueño con ella. Marisel es la dermatóloga —la dermatóloga más hermosa del mundo—, y yo la víctima del eccema más devastador. Una pesadilla nada extraña, si se sigue la lógica de la mente.

Pero esta misma noche, frente al espejo del baño, lo advertí sin demasiada sorpresa: una aspereza cutánea se eriza de minúsculas puntas en un costado de mi mentón. También advertí que mis ojos ya no son castaños sino celestes.



## DELIVERY

Puede resultar obvio, pero siempre conviene estar atento a las impensadas oportunidades que nos ofrece la vida en favor de nuestra delectación.

Ya eran cerca de las nueve de la noche cuando mi taxi tomó la Juan B. Justo. El taxista —un *ajeno*, completamente— seguía discutiendo por el celular con una mujer que en mal tono no se le quedaba atrás, y yo volvía a casa con cada vez más hambre, por culpa de la cerveza. Había pasado por el negocio de militaría de uno de los nuestros a retirar el par de borcegos encargados hacía unos meses. También me llevé de aquella cueva verde oliva una caja MTM para munición .22, que acababa de traerle la importadora, y además compré un aerosol Peace Ultra, para divertirnos con los perros que la corrección política hace proliferar a gusto en las costas de Gesell: en un par de días partiríamos con mi mujer a Las Gaviotas, y tanto a ella como a mí nos gusta recorrer el bosque. En cuanto a mi cofrade, justo era el cumpleaños, así que él y dos más habían sacado al pasillo de la galería una de las mesas del local, y ahí brindamos con cerveza. Sólo con cerveza. Ni un solo pincho había, o a lo mejor ya se habían terminado cuando caí yo, bien cerca del cierre. De todos modos, mal no me sentía arriba del taxi. Un poco raro, nada más. Y hambriento. Por lo menos la cerveza estuvo bien fresca.

Según pude entender, la mujer del otro lado de la línea era la hermana del taxista, y arreglaban quién debía clavarse esa noche cuidando a la madre, recién internada. Frente a mí, pegada con cinta scotch detrás del respaldo del acompañante, se exhibía una estampa de típica iconología evangélica, a todo color y en tamaño postal. Representaba unos pies con sandalias, que en su avance hacia un horizonte de encrespadas olas iban poniendo luz a cada paso. Sobre el velo de la túnica se leía:

CUANDO SIENTAS QUE LOS PROBLEMAS TE ESTÁN AHOGANDO,  
RECUERDA QUE TU SALVADOR CAMINA SOBRE LAS AGUAS.

—Disculpe —me dijo el tipo no bien cortó con la otra perra—. Es por mi mamá. Le dolía el hígado, y en las radiografías salió que el hígado andaba bien, pero encontraron algo raro en un riñón. Es la voluntad de Dios.

—¿Un tumor? —pregunté, y se me vino a la cabeza la imagen de un delicioso jabalí que habíamos descubierto en un viaje por Castilla: al pie de una encina, la desprevenida bestia hozaba entre las raíces, en busca de trufas.

—No se sabe —dijo el taxista, incómodo como todo *ajeno* cuando se habla en términos de cáncer—. Pero la internaron para hacerle los análisis.

—Mejor —dije.

—¿Mejor?

—Si hay que intervenir —expliqué—, su madre ya tiene un lugar.

—Y sí. —El taxista parecía resignado: me había entendido—. Es lo que dice el médico.

—La biopsia...

—En complicaciones del riñón, dicen que no hacen biopsias. Directamente lo sacan, y listo. Intervienen, como usted dice.

—Ante la duda —dije haciendo gestos de cortar—, extirpar y a otra cosa.

—Es que es jodido el riñón. Cualquier infección que se le pegue ahí, ¿quién la para? Supongo que a la vieja la operan mañana mismo.

Nos quedamos en silencio. Supe que mi suerte estaba cambiando. Se me ocurrió decirle:

—Lo que yo no sé es qué hacen después con todo lo que nos sacan.

—Lo tiran, qué sé yo.

—¿Y adónde?

—No tengo idea, jefe. —Lo dijo alzándose de hombros y como el que reacciona ante una pregunta molesta.

Sonreí:

—Dicen que hacen cremas para las mujeres. Maquillaje.

El taxista no me contestó.

Miré las sandalias del Salvador. Dije:

—Que todo sea para bien.

—Gracias, señor.

Volvió el silencio, esta vez más espeso. Yo ya estaba ingresando mi password a la APP de nuestra red. El taxi llegaba a la esquina de Paraguay, y algunas gotas empezaban a pegar contra el parabrisas: esa tarde habían pronosticado que el otoño se despediría con una buena tormenta, y que tendríamos agua a chorros durante toda la noche y todo el día de mañana. Ojalá que la lluvia no interfiera con los envíos, me dije.

—¿En dónde la internaron a su mamá? —pregunté, mientras tecleaba los datos de mi cuenta, y advertí que el taxista me echaba un vistazo por el retrovisor—. Soy miembro de una agrupación en mi parroquia —expliqué alzando el iPhone como si él pudiera leer el display—, y visitamos enfermos. Me pareció oír recién que ustedes son de Temperley. ¿El apellido...?

—Ya hay hermanos nuestros en oración, pero le agradezco igual. Amaranti es el apellido de ella, de soltera. Así figura en el carné del PAMI. Somos de Temperley, pero la tenemos en el Itálico.

—Ah, cerca de mi casa.

—Tal cual. No bien lo deje a usted, voy a reemplazar a mi hermana. Ya es bastante tarde.

—Hace bien.

El auto dobló en Paraguay, y unas pocas cuadras después estacionaba frente a mi casa.

Abriendo con una mano la puerta del taxi y recibiendo el cambio con la otra, le dije al taxista:

—Acuérdese del Salvador. No afloje.

Se dio vuelta para mirarme, confuso. Y le señalé la postal del respaldo.

Sonrió agradecido.

Y estaba yo por abrir la puerta de calle cuando lo pensé mejor, y me encaminé hacia la vinoteca de la esquina. Un buen jerez le vendría perfecto a la receta que ya imaginaba para una de nuestras inminentes cenas, los dos juntos y al calor del hogar de leños, en la cabaña de Las Gaviotas: según el display, que ahora rastreaba la ruta de mi encargo, todo iba a pedir de boca; sólo debía esperar que llegara en condiciones la carne.

# FLUJO

El profesor Brown venía trabajando en la teoría del tiempo durante muchos años.

—Encontré la ecuación clave —le dijo un buen día a su ayudante Roberto—. El tiempo es un campo, y los fenómenos de la historia son simples diagramas de flujo que ocupan parcialmente ese campo.

—Notable —dijo Roberto, bastante desanimado: Sofi acababa de enviarle un whatsapp inequívoco: tenemos que hablar beto. Y él ya tenía sus sospechas.

Siempre en lo suyo y exhibiendo su iPhone, el profesor Brown siguió diciendo:

—La APP que estuve programando puede reproducir en imágenes concretas los hechos del pasado, si se los presentamos en forma de algoritmos inequívocos. Por ahora, sólo funciona enunciando al comienzo nombres de capitales europeas.

—Podríamos probar con nombres propios en general —arriesgó Roberto—. Según la teoría de conjuntos, es posible que...

—... en este momento trascendente no necesito ninguna de tus burdas sugerencias —le respondió el profesor, y se acercó el iPhone a la boca y dijo—: Roma-cristianismo-Coliseo.

El display se fue tupiendo de leones y mandíbulas empapadas de rojo, de mártires arrastrados por la arena y destrozados por garras filosas, de viacrucis presididos por sucesivos papas.

—Berlín-Muro-Guerra Fría.

El display se fue tupiendo de disidentes baleados al pretender pasar del este al oeste de la ciudad, de hombres y mujeres que empuñaban demoledoras mazas, de multitudes que aclamaban a Juan Pablo II.

—Funciona, funciona —dijo el profesor Brown, exultante—. *It's alive!* Sólo hay que refinar la búsqueda.

—Claro —dijo Roberto, que seguía ensimismado tejiendo conjeturas—. Si yo digo Sofía, capital de Bulgaria, no dará lo mismo que diga —al decir esto le arrebató el iPhone al sorprendido profesor Brown y se lo llevó a los labios— Sofía-Brown-laboratorio-horas extras.

El display se fue tupiendo de imágenes XXX, a cual más lujuriosa, procaz y reveladora. Y el ayudante Roberto empezó a arremangarse los puños.

## LA BRUJA

—Y esta es nuestra Sala de Exposiciones —decía esa bruja de Directora con su agria jactancia mientras seguía enseñándole a la exhausta y ninguneada pareja de padres las instalaciones de aquel colegio que ocupaba una manzana entera. Marchaba delante de los dos, humillante, y a su paso era reverenciada por todos, desde los colegas hasta el personal de mantenimiento—. Nuestros dioramas a escala natural son únicos en Latinoamérica. —Sin dejar de caminar, con una mano extendida iba abarcando aquellas maquetas gigantes que ocupaban el perímetro del salón, figuras humanas que a la joven madre la inquietaban un poco.

—Notables —apuntó Julieta, por decir algo, y la Directora se detuvo y la miró torcido:

—Más que notable, señora. Incluso han venido de Estados Unidos para estudiarlos. Después nuestras alumnas y nuestros alumnos se encargaron de entrevistar a las investigadoras y los investigadores, que vinieron auspiciados por la UNESCO: todos y todas los enviados y las enviadas destacaron el realismo y la vividez de estas maravillas.

—Parecen salidas de *Una noche en el museo* —dijo Julieta, ya en tren de desafío, y recibió un codazo de Martín, quien se fingía subyugado de interés por las explicaciones de la Directora. Pero Julieta lo sabía muy bien: él ya estaba tan harto como ella de oír a aquella pegajosa mosca, que incluso una mosca parecía: los negros ojos, enormes, no dejaban de recorrer la sala, que ya se sabría de memoria, y se pasaba las puntas de las uñas por la boca y se frotaba las esqueléticas manos como hacen las moscas para sacarse la roña de las patas. Un asco de mujer. Julieta la juzgó anoréxica y anorgásmica. Frígida, directamente: le era imposible imaginársela acabando con un tipo. O acabando a secas, incluso. A secas. Nunca mejor aplicado el término. Y aquella mosca gigante seguía hablando y hablando y hablando: hasta el pobre Martín ya no podía disimular su fastidio ante tanto zumbido. Por lo menos Nahui se había salvado de toda esa perorata. Lo habían dejado “en buenas manos”, según la Directora, en Secretaría.

Julieta se preguntó en qué andaría ahora Nahui. Lo supuso jugando con el celu: le encantaba cazar pokemones en donde fuese.

—Miren qué lindos que nos salieron los y las diaguitas —decía la Directora, señalando con una de sus patas a un grupo de indios rotosos, también representados a tamaño natural, y enseguida se puso a describir vida y milagros de aquel “pueblo originario, sujeto de la historia”. Mientras, los diaguitas del diorama se ocupaban en moldear cacharros informes, en machacar vaya a saber qué porquerías adentro de un mortero y en cocinar dudosas delicias con un eternizado fuego de papel maché. También había nenitos en esa jaula de vidrio.

—Terrible lo que le han hecho los crueles conquistadores españoles a esta gente —dijo la Directora con su mejor cara de circunstancias. Se había puesto las largas manos juntas en el



pecho, y los dedos vibrátiles, terminados en esas uñas agudas como estiletos, se rozaban mutuamente con un repiqueteo muy audible.

Entonces Martín tosió de los nervios, ya estufado del todo, y dijo:

—Antes que los conquistadores, a estos indios los agarraron otros indios.

La Directora se dio vuelta y lo miró con los múltiples ojos multiplicados al máximo:

—¿Qué quiere decir, *señor*?

Ese “señor”, pronunciado nasalmente y como quien dice “imbécil”, asustaba.

Pero Martín se mantuvo firme:

—Los incas mismos los diezmaron, y a sangre y fuego. Fue cien años antes de que llegaran los crueles conquistadores españoles.

La Directora lo miró como a una rata a la que hay que aplastar con urgencia. Le temblaban los labios, y las uñas se le restregaban entre sí con leves chirridos. Tardó en articular —ganada cada vez más por la furia, se le atropellaban las palabras—:

—¿Cómo se atreve a sugerir...? ¡Usted! ¡¿Y cómo se atreve a llamarlos “indios”, como si estuviera adentro de una película de cowboys?!



—Es un hecho histórico, Directora —siguió diciendo Martín tranquilamente—: los incas bajaron desde el norte y ocuparon casi toda la costa del Pacífico. Y en el camino se cargaron a legiones y legiones de indios. De gente originaria, mejor dicho. Originaria, original o como usted quiera llamarla.

—¡Pero qué dice, hombre! ¡El genocidio de nuestros indígenas...!

—... ¿*nuestros* indígenas? Se ve que usted nunca se enteró de que los mapuches, como se los llama ahora a los invasores araucanos, se cruzaron de Chile para hacer percha a los tehuelches, que eran los verdaderos aborígenes de la Patagonia norte. Ese sí que fue un lindo genocidio, Directora. ¡No se salvó ni el loro!

Y ahí nomás se trenzaron en serio los dos: la lógica y la exactitud histórica contra la ideología y la corrección política.

De terror esta bruja, se dijo Julieta, quien veía cada vez más remoto el ingreso de Nahui a ese colegio que tanto le habían recomendado. Pero había que reconocerlo: si hablamos de realismo, los indios aquellos estaban perfectamente realizados. Hasta el brillo de la mirada habían conseguido darles Madame Mosca y sus secuaces.

Tres cuartos de hora después, asustado, Nahui se dijo que ya era hora de hacer algo por su cuenta: papá y mamá no aparecían y no aparecían, y él ya estaba con hambre y ganas de irse. Así que, en un descuido de los grandes que andaban por ahí, salió despacito, y haciéndose el que

cazaba pokemones se internó por ese laberinto de colegio. No había nadie, ya era la hora de almorzar. Y, caminando y caminando, pronto llegó a una sala muy pero muy enorme y llena de cubos de vidrio. Le llamó la atención ver a tanta gente tan quieta. No, no eran gente: eran muñecos grandes como personas.

Entonces Nahui se alegró de verlos a mamá y a papá. Pero... ¿qué hacían ahí, pintados con el color del barro y los dos adentro de una de esas como vidrieras de shopping? ¿Qué hacía papá con ese arco y esa flecha y esas boleadoras, y mirando la lejanía con la otra mano usada de visera? ¿Qué hacía mamá, dándole la teta a un bebito?

Aunque... no: se los veía muy quietos, demasiado quietos. No podían ser mamá y papá esos dos muñecos horribles. Se les parecían mucho, eso sí.

Y en eso estaba Nahui cuando sintió a sus espaldas como un repiqueteo.

## PROPIEDADES DE LA MAGIA

Solo en la cama, me desperté sobresaltado: acababa de soñar que una cabeza, a medio flotar, me esperaba adentro del inodoro. Antes de seguir, apunto una breve digresión: estaba solo en la cama porque dos meses y dieciséis días atrás había cortado con esa cerda loca de Irena, de quien ya no soportaba sus repulsivas prácticas ocultistas. Ella fue la que cortó, mejor dicho, obedeciendo órdenes de aquel tintorero hijo de puta, y que mal rayo les parta el culo a los dos. Volviendo a mi pesadilla horrible, en lo que se los permitía el exiguo espacio de la taza y sus naturales desperdicios, aquellos rubios cabellos de ángel rubio —se trataba de una rubia cabeza de mujer— se desplazaban tan sublimemente lánguidos como los de Shelley Winters en la toma subacuática de *La noche del cazador*. Una sirena, por cierto, pero con los ojos ya desorbitados y la piel tirante.

—La mente humana es capaz de cualquier jugarreta —dije en voz alta, yendo para el baño.

Levanté la tapa del inodoro, y debo reconocer que en medio del entresueño sufrí la decepción de no toparme con la cabeza de mi pesadilla ni con ninguna otra cabeza, ni de hombre ni de mujer. Y menos con la cabeza de Irena, por supuesto, quien ya estaba instalada en Japón —en el puerto de Yokohama, para ser más preciso— conviviendo con el puto ponja gerente que se la llevó, de vuelta a sus pagos, con rango de secretaria apta para todo servicio; no hay caso: trabajar juntos calienta.

Era de madrugada, pero yo tenía más hambre que sueño. Así que, después de una larga y cálida micción, enfilé para la cocina a prepararme un sándwich de sardinas, tomates deshidratados y mostaza. Pero antes lo pensé dos veces —o directamente ni lo pensé—, y fui a mi MacBook a imprimir una foto tipo retrato en primerísimo plano que le había tomado con el iPhone a aquella perra cuando todavía estábamos los dos muy bien y muy juntos.

Llevé el retrato al baño y lo eché en la taza del inodoro. Enseguida la hoja A4 en que había impreso la cara de Irena empezó a soltar la tinta desleída. No me quedaba más pis, pero de buena gana le hubiera echado un chorro de despedida antes de apretar el botón. Como fuese, el agua se llevó aquella cabeza para siempre jamás.

—Estúpido, qué ganaste —le dije a mi reflejo cuando pasé por el espejo al salir del baño—. Agradecé que no se te tapó el inodoro con ese papel de mierda.

Mientras tanto, a unos veinte mil kilómetros de aquel humilde toilette sito en el barrio de Floresta, en una habitación cinco estrellas cuyo balcón mira a la Bahía de Tokio, un conocido empresario, loco de desesperación, no puede entender cómo su novia argentina se ha quedado tiesa en el fondo del jacuzzi, con los ojos muy abiertos y sin soltar ni una sola burbujita de aire.

## DIOS NOS LIBRE DE LOS LUGARES COMUNES

No hubo nada que hacer: el cáncer fue más fuerte que su páncreas.

Y ahora es el final, de una vez por todas.

Y esta convicción le trae un poco de paz: ya no habrá para él más noches de insomnio ni preguntas sin respuestas ni agachadas ni traiciones. Ya no habrá planes delirantes ni logros inventados ni justificaciones ni móviles mezquinos ni absurdas discusiones consigo mismo acerca de lo que podría haber sido y no fue. Porque su último sueño está por cumplirse de un momento a otro: irse, desaparecer, *GAME OVER*.

Al menos es el único sueño que se le cumplirá, piensa. Un nuevo comienzo para alguien que, por lo menos, no se portó muy mal que digamos.

Pero la vacuidad de su vida, ese paradigmático lugar común, se empeña en no dejarlo tranquilo. Como si pertenecieran a una película mal proyectada, las imágenes de su vulgaridad le llegan a los ojos de la mente en una lenta marejada de aburrimiento. Una vida perdida y sin rumbo que ha venido durando más de medio siglo, y que en cualquier momento, por fin, acabará para siempre. Y esas imágenes le llegan a él, nada menos. A él, quien desde su castillo de ilusión y de soberbia se sospechaba destinado, desde muy chico, a conmover los corazones, a soliviantar las almas mediante cuentos y poemas y novelas y ensayos incomparables. ¿Por qué habrá sido que jamás escribió una sola línea?

Y al conjuro de esas imágenes, configuradas por retazos de recuerdos, ya se entreveran las palabras del sacerdote, el ritual de la extremaunción: *la ... Madre ... vuelva ... a ti sus ojos ... dulce y afable, ... mande ... entre los ... que le asisten.*

Y, después, los ojos que se cierran del todo, sin que él pueda —ni quiera— impedirlo.

Y el túnel.

Y la luz. Y la esperanza.

Y la puerta, a lo lejos. La puerta, cada vez más y más cercana. Cada vez más y más abierta. Abierta a lo nuevo. A lo distinto.

Y, cuando esa puerta hecha de rojos esplendores se abre del todo, en medio del vértigo de la caída él comprende —pero ya es imposible tarde— que su inminente vida futura no será muy distinta a lo que ha sido su vida terrena. Porque un nuevo lugar común es lo que le espera ahora. Otro cliché, aunque no por eso menos real: el abismo hirviente de llamas, de hierros punzantes, de demonios armados con tridentes, de inmundicia y sulfurosa mierda.

Por los siglos de los siglos.

## EL TEJIDO SOCIAL ESTÁ CADA VEZ MÁS HECHO PELOTA

Qué hacía Tío Bebe en Punta Mogotes era un auténtico misterio: toda la vida veraneó en Punta del Este, y cuando se refería a Mar del Plata decía “mierdelplata” frunciendo la nariz. Me di cuenta de que era él por el Mazda rojo, una bruta máquina, flamante, que se había hecho traer directamente de Japón. Nosotros íbamos a pata. Cuando lo vimos ya era tarde para rajar: Tío Bebe nos saludó con un bocinazo, y ahora se nos acercaba maniobrando como un pavo real en el estacionamiento del balneario y sacando la cabeza por la ventanilla.

—¡Qué dice la intelectualidad vernácula! —gritó, sonriente.

—¡Y qué hay de la dirigencia empresaria! —contesté, completando la contraseña habitual.

Lo veíamos de tanto en tanto, pero nos unía un odio cariñoso. A pesar de nuestras protestas, en segundos nos cargó las cosas en el baúl, nos hizo subir al Mazda y enfiló para nuestro departamento.

—Y bueno, che —dijo—, una gauchada no se le niega a nadie. De paso se les pega un poco de mi brillo.

Tío Bebe era insoportable. Dueño de cinco fábricas de camperas, afiliado al PC de toda la vida, le encantaba pregonar a voz en cuello su compromiso con la realidad sociopolítica del país. Y del mundo: a lo largo de las décadas fue justificando prolijamente cada fusilamiento de Castro, la masacre de la Plaza Tiananmen y la invasión a Kuwait. Pero los tiempos cambian. Obama reinó durante ocho años como el más antinorteamericano de los presidentes, China le arrebató a Occidente el monopolio del capitalismo, y el Tío Bebe fue actualizando su sistema de normas y creencias. Ahora, su consecuente devoción por la teoría del género, del garantismo, del pacifismo, del indigenismo, del ecologismo, del animalismo y de cuanto dogma posmoderno exista, hizo que la sigla PC revistiese en su prédica un nuevo sentido: sin que él mismo lo sospechase, de ser un anacrónico individuo enrolado en el Partido Comunista, devino en un actualísimo individuo enrolado en la *Political Correctness*. Eso sí: con el aborto no quiere saber nada, y no por admirar —como admira— al papa Francisco; una noche explicó sus reservas, con estas exactas palabras: “¿A quién mierda quieren que les venda mi línea de camperitas Little Aviator, si seguimos despoblando este puto país?”.

Volviendo a Punta Mogotes, los 35° ni se notaban adentro del Mazda. Tío Bebe aclaró que venía por negocios, pero le sospeché una mina. La cuestión es que estábamos con el tío en Mar del Plata, mi mujer y yo, tratando de avanzar en medio de la caravana de autos que también se habían ensartado al tomar la costa.

—Me llega a tocar y lo reviento —explicó, señalando un Honda que tenía atrás, bien pegado.

—La gente vive muy alienada, tío —dijo Mónica, y se dio vuelta y me guiñó un ojo.

Tío Bebe no contestó, y de repente se abrió un claro en la ruta y picó en punta.

—Ahí están —dijo, con voz de redentor de minorías—, pobres muchachos. El tejido social está cada vez más hecho pelota. Pobres muchachos.

Miré hacia donde él miraba, y a media cuadra distinguí a unos cuantos tipos con baldes y cepillos. Algunos tendrían como cuarenta años.

Tío Bebe aceleró, tal vez para ir más rápido al encuentro de sus desposeídos. Pero nos detuvo el semáforo.

De inmediato nos rodeó un enjambre de pobres muchachos sonrientes, cargados de tachos y empuñando secadores de mango corto. Tío Bebe se puso más pálido que un vampiro:

—Qu-qu-qué van a hacer.

Enseguida nos enteramos: un pobre muchacho aplicó su trapo roñoso al parabrisas, otro se dio a rascar la luneta trasera con su cepillo, y un tercero encastró el capot rojo con el secador.

Tío Bebe quedó paralizado, pero sólo fue un segundo: paró el motor, se tiró del Mazda, agarró de los pelos al primer pobre muchacho que encontró y le encajó una trompada que lo desparramó en el pavimento. Todos los demás pobres muchachos se nos vinieron al humo. Yo alcancé a sacar a Mónica y llevarla a la vereda. Quise intervenir, pero me frenó poniéndome una mano en el pecho. La gente gritaba como loca, y los bocinazos eran una fiesta. Tío Bebe repartía patadas y se cubría de la lluvia de tortazos. Hasta que pronto terminó todo. Uno de los pobres muchachos abrió la puerta del Mazda y echó un baldazo de agua podrida sobre el tablero y el tapizado impecable. Tío Bebe bajó los brazos, miró el desastre y se desmayó, no sin antes recibir un puñetazo que le partió la nariz. Al rato vino la Policía. Lo demás salió en todos los diarios.

Y esa fue la última vez que vimos al tío Bebe. Dicen que se hizo vegano y que consulta a un astrólogo cada vez que viaja. Eso sí: del PC no se desafilió.

## CUESTIÓN DE HERENCIA

Siempre pasábamos la Navidad en casa. Los tres solos, sin parientes ni vecinos. Pero, el año en que cumplí nueve, a tía Ingrid se le ocurrió invitarnos. Misteriosa, dijo que había llegado el momento de que supiéramos la verdad. “Llegó el momento de que sepan la verdad —había dicho—. Muy pronto, Nicky tendrá que encargarse de todo”. Papá le siguió la corriente, trabajado por la culpa: hacía meses que no veíamos a los tíos, estaban más solos que el demonio y ya empezaban a desvariar y todo.

Fuimos.

Y así tuve la revelación de mi vida. Por supuesto, no espero que alguien crea en este relato. Necesito contarlo y punto.

Llegamos a Santos Lugares a eso de las diez, como para brindar rapidito y volar a casa. Pedí llevar yo los regalos, y así fue que mamá me colgó del brazo la bolsa con los paquetes no bien bajamos del Gordini. Papá tocó el timbre. Pronto oí un crujido. Me puse en puntas de pie, y estúpidamente rogué que fuera Papá Noel el que se acercaba. Pero no: era tía Ingrid. No había suficiente luz, tenía la cara oculta en la oscuridad. Mejor. Bajaba con mucho esfuerzo los escalones del zaguán. Me solté de mamá y retrocedí. Papá me fulminó con la mirada.

—Vení acá —dijo.

—Obedecé a tu padre —susurró mamá.

Obedecí, y al instante la puerta tembló, y tía Ingrid apareció en el umbral. Me cruzó un escalofrío.

—Nicky querido —me dijo, con su acento ronco y siseante—, feliz Nochebuena.

—Cómo estás, Ingrid —saludó papá, y mamá tosió y dijo algo que no oí.

Sin contestar a ninguno de los dos, tía Ingrid me sonrió y amagó con acariciarme. Yo intenté apartar la cabeza, pero mamá me agarró del cuello y me mantuvo quieto mientras tía Ingrid me restregaba por el pelo la mano huesuda. Tenía olor a comida pasada, a rancio. Sentí un retortijón y disimulé lo mejor que pude. Y después vino el beso y ese aliento agrio, como de hollejos podridos.

—Entren, queridos —dijo la bruja—. Hoy vamos a tener una Navidad maravillosa.

—Sí, sí, linda Navidad —dijo mamá. ¿Cómo iba a sospechar? ¿Cómo íbamos a sospechar?

Entramos.

Habían colgado medias rojas en la estufa a leña, de hierro, orgullo del tío Nicolás. Para mí era horrenda, un cachivache. Y peor con esas ridículas botas de Papá Noel, que parecían no contener ningún regalo. Debo confesar que, como la mayoría de los chicos, yo detestaba a todos

los viejos. Odiaba su mundo de olor a naftalina. Pero bueno, a estos había que aguantarlos del mejor modo posible. Lo único copado era el árbol, enorme, igualito al de *Cascanueces*.

Mamá me ayudó con los paquetes, y aproveché para pegar un vistazo alrededor: quería descubrir de dónde vendría el tío Nicolás.

—¿Y Nicolás? —preguntó papá como si me hubiera leído la mente.

—Debe estar por volver de un momento a otro. Un viaje largo, vos sabés.

Papá sonrió, asintió, y me di cuenta de que no sabía ni medio. En realidad, ninguno de nosotros sabía ni medio.

Los grandes se pusieron a hablar de sus cosas, y yo aproveché para mandarme a mudar al fondo. Aquella casa era más oscura que una cripta. Nunca logré entenderla del todo. Pensaba que abajo estaría recorrida por sótanos, traspasada de túneles y cosas así. Jamás pude acostumbrarme al olor apestoso que la invadía. Sebo, grasa hirviendo. Me hacía sentir un regusto de manteca cortada que me llenaba la boca. Era preferible pasar la Navidad en cualquier parte menos en esa bóveda, pero reconozco que la invitación de tía Ingrid me había intrigado. Sobre todo por sus palabras. “Muy pronto, Nicky tendrá que encargarse de todo”.

Y así fue que lo vi, en medio de la noche. Y comprendí entonces.

Hubo en el cielo un chisporroteo de cristal encendido, hubo una música de trompetas que estalló en aquel rincón de Santos Lugares, hubo una nube resplandeciente de la que emergió el trineo de tío Nicolás. Aterrizó al lado del viejo limonero, igual que los platos voladores de las pelis. Noté que los renos estaban muertos de agotamiento, con la lengua afuera y sudando como caballos.

—Lección primera, Nicky —dijo, apeándose, tío Nicolás—: entre un reparto y otro..., ¡hacete un tiempo para festejar con la familia!



## EL RAYO DE LA MUERTE DE LA LUNA DE MIEL

Sentada cerca de la calidez del hogar de leños, la recién casada contemplaba por la ventana de la cabaña ese mar de olas erizadas como nunca. El sol ya caía entre el pinar, y en la playa sólo quedaba —y eso le llamó la atención— un chico remontando su barrilete con forma de ala delta. ¿Qué hacía en la playa, a esa hora de la tarde, un chico de cinco o seis años sin un solo adulto alrededor? Se lo preguntaría al Gordo, cuando terminara de pegarse una ducha.

Y otra cosa le llamó la atención a la piba, y tanto le llamó la atención, que se levantó a buscar los largavistas que el Gordo, sabiéndola contemplativa, le había regalado ayer cuando pasaron por la única armería del pueblo. Sí, ahora que podía enfocarla bien, se trataba de una gaviota. Pero no se trataba de una gaviota cualquiera: acompañando su vuelo, paralela al ala delta del chico, parecía estar participando con el barrilete en una especie de ritual amoroso. Aquello era pura magia, y halagaba el poético espíritu de la chica. Y a ella le costaba poco seguir con los largavistas el vuelo —los *dos* vuelos— porque el chico manejaba su ala delta con singular destreza, sin que el tremendo viento de la orilla lo confundiera. Era hipnótico: si el barrilete viraba a estribor, la gaviota viraba a estribor; si el barrilete viraba a babor, la gaviota viraba a babor. Y esa danza llevaba ya unos largos minutos.

Son como un solo corazón, pensó la chica, sonriente. También ellos dos están de luna de miel.

Y además pensó que, de haber lanzado en voz alta semejante pavada, el Gordo le hubiera dicho, desde el baño: “Vos siempre con tus versitos, tontita”.

Entonces sucedió: a través de los largavistas, la gaviota se convirtió en una especie de fósforo al que le acercan un fósforo prendido. Directamente chisporroteó en el aire, en un estallido de fulgurantes cenizas.

Atónita, la piba dejó los largavistas en su dulce regazo de mielera.

¿Qué acababa de ver? Fue como si a la gaviota la hubiera alcanzado un rayo, pero en la costa no se veía ni una nube.

A la luz rasante del sol que moría, vio cómo el chico recogía el barrilete y se mandaba a mudar. Sería un vecino, acaso, porque con sus pocos años marchaba seguro entre las dunas, directo a la salida de la playa.

Qué cosa más rara. ¿Qué había sucedido? Después se lo preguntaría al Gordo, que sabe de todo.

Mientras tanto, Octi se decía, ya entrando en el pinar, que la cosa estaba funcionando. Esto era mucho mejor que la Play, qué bueno había sido encontrar ese sitio de peques inventores. Qué buena idea lo del barrilete psicotrónico.

Mañana pruebo con el gato de los vecinos, se dijo, a ver qué pasa. Y, si todo sale bien, después pruebo con los vecinos. Y con mamá y papá voy a probar. Y con la seño y la dire voy a probar, que siempre se andan quejando de que “el chico se concentra demasiado en sus cosas, y eso resiente su desarrollo en el aula”. Y después...

Y así Octi, días después, terminó remontando su barrilete en pleno Buenos Aires. Más precisamente, ante los propios portales de la Casa Rosada.

## LO QUE ACECHA BAJO EL SÓTANO

Con el agua hasta los muslos, Pedro patina en los últimos peldaños de la escalera del sótano y se agarra del final de la barandilla. Por poco no se le cae al agua la linterna. Con tanto olor a químicos desparramados no puede concentrarse bien.

Putá madre, este laburo tendría que haberlo hecho por lo menos hace dos semanas, cuando funcionaban todas las fases de la instalación y estaba a tiempo de bombear y de achicar sin demasiado quilombo. Por suerte el patrón se rajó a alguna playa del Caribe con la novia dominicana, y tiene para largo y tendido: Viagra mediante, el culo y las tetas de la morochaza lo pueden entusiasmar lo suficiente al viejo como para que dispare los últimos cartuchos.

El casero sigue bajando, aunque la oscuridad del agua estancada ya le llega a las rodillas. Al atravesar las sombras, el haz de la linterna lo deforma todo: las tuberías, la caldera, la bici de la finada y las herramientas que cuelgan en las paredes.

Pedro baja otro escalón. Y otro.

A su paso, el agua se abre en remolinos, y a la luz de la linterna aparecen ramas y yuyos. Y los bidones de químicos, flotando acá y allá. Apestan de tan ácidos.

Ojalá que no todos se hayan abierto, se dice el casero: vaya a saber qué porquerías guarda ahí abajo el patrón. Ya desde hace rato se le metió en la cabeza ponerse a hacer experimentos rarísimos. Por lo menos eso fue lo que le contó cuando él se animó a preguntarle por esos bidones que estaba acumulando en el sótano.

El patrón, qué jodón con suerte. Poco y nada le duró el duelo, y lo bien que hace. La vieja ya andaba bastante cachuza, cada día más flaca y arrugada, y por fin le hizo el favor de morir. Después, Ezeiza y su ruta. Una vez él descubrió unas fotos de la dominicana, en tanga y con las tetas al aire. Melones parecían.

Un nuevo escalón. El que Pedro mismo había emparejado hacía mil años, cuando el sótano estaba seco, y sobre todo lleno de luz.

La peor inundación, se dice. Y en una zona para nada inundable. Ni pensar cómo pueden estar Tigre y San Fernando.

Entonces algo fugaz pasa entre sus tobillos.

Acaba de notarlo a pesar de las botas de pescador que se calzó después de haberse decidido a bajar ahí de una buena vez.

Enfoca con la linterna la superficie, pero no encuentra más que una impenetrable espesura como de alquitrán o grasa de máquinas.

Nada más que eso.

Un ruido a sapo le llega desde la otra punta del sótano, del lado de las herramientas.

Ahora Pedro enfoca aquella esquina. Primero, no ve nada. Y después le llaman la atención unos brillos pegados a la pared. ¿Rastros de caracoles? Hay algunos que cuelgan del techo en hilos como de Suprabond.

La punta de la bota registra un objeto duro.

Pedro lo amasa con el pie: se trata de una de las pocas botellas que han sobrevivido a su último saqueo contra la bodega del viejo. Además de los bidones —muchos abiertos, que los reparó—, por todo el sótano flotan maderas, cajones y papeles que revela la linterna.

Se acuerda de lo que descubrió hace un tiempo cerca de su propia casa, del otro lado de la isla: el cuerpo hinchado de un perrazo, medio hundido y enredado entre los juncos. Tan inflado que parecía a punto de reventar. Otra vez, con la anterior crecida, había aparecido una tortuga de río con las patas para arriba y la cabeza aplanada y desmenuzada como si fuese la punta de una soga de cáñamo.

El ruido a sapo ya no se oye, y el casero no alcanza a distinguir de dónde era que le había llegado.

Algo resbaloso se le desliza por las piernas. Algo que viaja a media agua. Y él lo levanta.

Lo que ahora sostiene a la luz de la linterna es nada más que un cacho de camalote.

Pedro quiere levantarlo más para tirarlo hacia un rincón.

Pero no: parece que el camalote se enredó con algo en el fondo. Parece como si estuviera agarrado... No: más bien parece como si lo estuvieran tironeando.



Entonces el casero siente que lo alzan como a un bebé. Chorrea desde la altura, ya está por encima de la escalera y a punto de estrellarse contra el techo. Se agarra a la linterna, por instinto. Una largura de uñas descomunales le desgarran el overol como si fuera de papel. Una rápida serpentina —eso, al menos, es lo que Pedro puede entrever y figurarse en su final— le entra por la boca y se le hunde en la garganta para alojarse en toda la longitud de los intestinos y escarbarle ahí. Hay patas que, a pesar de sus protuberancias, logran penetrarle por los oídos. Y antes de que se le entrecrucen como anguilas adentro del cráneo, en busca del cerebro, el casero Pedro se va muriendo mientras alcanza a reconocer la “cara” de aquello. De aquella mutación, mejor dicho, antes cadáver y hoy plena de vida y de tentáculos.

## LIBRE COMO EL SOL CUANDO AMANECE

—Siempre lo mismo con estos pobres angelitos, Spatoletti —dijo el Moncho Aparicio, y clavó el freno de mano de la chata, ya en el playón del Instituto—. Mirá cómo se ponen, no bien nos ven llegar. Hoy tienen fiesta, los idiotas.

Asomándose por la ventanilla del acompañante, Spatoletti escupió el palillo y miró hacia donde señalaba el otro, a las ventanas del primer piso: cuatro o cinco pobres angelitos se agarraban de los barrotes oxidados y los sacudían peor que King Kong. Ya los habían visto a él y al Moncho, ya estaban soltándose de las rejas, ya las ventanas del primer piso quedaban vacías, y ya los dos voluntarios podían oír perfectamente el barroso crepitar de aquella marabunta bajando las escaleras que llevaban al playón del loquero. Los de la guardia, un par de cagones mal entrenados y sin siquiera una cachiporra decente o un aerosol de pimienta, hacían lo mejor que podían: poco y nada.

Dos balas de goma estos inútiles, pensó Spatoletti.

—Esta es la última vez que me traés —dijo, pasándose la mano por la nuca sudada de los nervios—. Un día se descontrolan mal, y nos cagan a palos.

—Son como perritos, boludo. —El Moncho Aparicio sacó la llave de la caja de la chata, y la cadena niquelada del llavero encandiló a Spatoletti al brillar al sol que atravesaba el parabrisas—. ¿Viste cómo se mean de gusto cada vez que nos ven? Monitos, son.

Spatoletti sacudió la cabeza.

—Otra que monitos —dijo—. Y encima el señor Burns los tiene muertos de frío.

—Eso es cierto. —El Moncho se bajó de la chata, y Spatoletti lo imitó con toda la prudencia del caso—. Ni gas les manda, el hijo de puta.

Si los internos del neuropsiquiátrico estaban muertos de frío, lo disimulaban muy bien: ahora dejaban las escaleras y se venían al humo nomás, y no precisamente meándose de gusto. Se venían con caras de bronca mal, se venían apestando a verduras podridas: más que monitos o perritos fiesteros, ese ejército de escarabajos harapientos corría a los saltos directo a la chata, mugiendo y rebuznando bufidos y arrebatándose los primeros lugares a codazos y dentelladas. Perro Amarillo, una heladera con nariz de boxeador, los iba formando como podía frente a la parte trasera de la Ford de la parroquia. Había disfrazados y todo, seguramente provenientes de alguna actividad del taller literario: indios emplumados y cowboys con sombrero y revolvitos de plástico, piratas en patas, hombres de las cavernas, zombis, vampiros con capas de Drácula. Y Spatoletti hasta vio a uno de barba apelmazada y bien negra que se había venido de piyama, pero sin la parte de abajo. Llevaba el saco del piyama zurcido con parches de otros colores.

Yo me guardo en la chata, pensó Spatoletti. Yo me guardo en la chata y pongo primera y me

voy al carajo. Y la próxima, que se venga el cura a traer las donaciones.

Ilusiones, Spatoletti: ya el Moncho le preguntaba qué carajo estaba haciendo metiéndose de nuevo en la Ford.

—No te hagás el gil —decía yéndose para la caja de la camioneta, con la llave separada del resto—. No te hagás el gil, que hoy te toca a vos ayudar a repartir la merca. Dale una mano al Polaco, mientras el Perro se las arregla con los demás.

El Polaco, el ayudante de Perro Amarillo, era una laucha raquítica que seguramente había nacido para ser cualquier cosa menos un seguridad. Igual, así y todo, con dos o tres sopapos se sacó de encima a sendos cavernarios, apartó del paso a un astronauta encajándole una buena patada en el culo y se fue a contener a los pobres angelitos que ya se abalanzaban a la culata de la chata. El Moncho Aparicio se escurrió como pudo entre la morralla de energúmenos.

—¡Aguate, Spatoletti! —dijo, y consiguió abrir la puerta de la caja de la Ford y se mandó de vuelta para la cabina.

Recordando sus buenos tiempos en la Federal, Spatoletti rodeó el flanco de la chata, llegó a la parte trasera, trepó de un salto al interior y aterrizó entre una negra nube de bolsas de consorcio. ¿Tantas eran? No se acordaba. Por entre los pliegues de los nudos mal cerrados se les advertía el contenido: paquetes de fideos, ropa interior, latas de conserva, botellas de lavandina. ¡A lanzar bolsas, Spatoletti, y a otra cosa mariposa!

Mientras, los pieles rojas se habían aliado con los carapálidas, y los muertos vivos se habían aliado con los chupasangres: propiamente un aquelarre del afano eran, un demencial batallón de dementes al servicio del inminente rapiñaje.

—¡Lamento, che! —decía a las atropelladas el Polaco al pie de la chata, y Perro Amarillo logró sumársele para apechugar la embestida—. Digo... ¡momento! ¡Momento, que hay para todos! —Y el Polaco se puso a revolear bolsas a diestro y siniestro, las mismas que Spatoletti les iba lanzando a él y al Perro.

¡Para qué! La situación devino en un insensato partido de rugby de todos contra todos, un All Blacks contra los South Africa's Springboks con gritos que te hacían garcar peor que el Haka. Un descuartizar bolsudo que ni Jack el Destripador. Los fideos guiseros, las botellas de agua mineral, las pilas y las medias y los calzoncillos eran triturados, despedazados y deshilachados por la voracidad de la carnavalesca plaga. Aquello era lo más parecido a un campeonato de despanzurramiento librado a las corridas entre Hannibal Lecter y el asesino encapuchado de *Scream*, multiplicados y corporizados en medio centenar de internos.

—¡Cuidado atrás! —gritó el Moncho Aparicio haciendo ronronear la chata con el pie en el acelerador—. ¡Cerrá todo, Spatoletti, y nos vamos bien a la mierda!

Y sí, la razón lo asistía de acá a la China ida y vuelta al Moncho: el Polaco y Perro Amarillo habían sido superados por goleada —el uno estaba ayudándolo al otro, que en medio de los desaforados boqueaba con las manos en las rodillas como quien se atraganta con algo imposible de expulsar—, y ninguna autoridad se atrevía a hacerse presente y colaborar en la represión del loquerío. Spatoletti se dijo que la cosa no tenía arreglo, que ya era una perfecta estupidez seguir arrojando bolsas. Igual quedaban tres o cuatro.

—¡Para el próximo reparto! —gritó, y cerró la puerta de la caja y se tiró en palomita sobre un par de piratas, y de ahí directo al suelo, y de ahí directo a toda máquina al asiento del acompañante.

—¿No se te habrá colado alguno? —le preguntó el Moncho, mirándolo de reojo y poniendo

primera.

—¿Quién? ¿Algún colifa? Ni en pedo. Salvo que se haya disfrazado del Hombre Invisible, dificulto: adentro de la caja quedaron nomás unas cuantas bolsas.

Un zombi a toda carrera —un zombi en perfecto estado físico, salido más de *Exterminio* que de *La noche de los muertos vivientes* o de *The Walking Dead*— pegó un salto y se agarró de la puerta del Moncho Aparicio, que subió la ventanilla del todo, con el zombi a rastras, machucándole así cuatro falanges.

—Otra que pobres angelitos —se rectificó el Moncho respecto de lo dicho en el primer renglón, y le echó un vistazo por el retrovisor a la rodada del zombi—. Nunca los vi tan sacados mal. Se lo voy a contar al padre José Ignacio.

—Son unos desgraciados —dijo Spatoletti, reflexivo. Cerró su ventanilla hasta el tope mientras la chata dejaba atrás el loquero y tomaba por la avenida Granatto, enmarcada por un cielazo de pacíficas copas de tipas y jacarandás.

—¿Desgraciados cómo? —quiso saber el Moncho Aparicio—. ¿Hijos de puta, decís?

Spatoletti negó con la cabeza.

—Desgraciados, vos viste. Infelices que necesitan que alguien los atienda. Eso es todo. Quieren dar y recibir amor. Como cualquiera.

El Moncho volvió a echarle un vistazo de reojo, la mirada atenta al tránsito.

—¿Y qué querés hacer? —preguntó con sorna y señalando hacia atrás pulgar mediante—. ¿Volverte a darles la papilla?

Y entonces los detuvo el semáforo.

El buen Spatoletti quiso prender la radio con su propio pulgar, pero la yema callosa no llegó ni a rozar la botonera: a traición, uno de los loquillos le metió flor de puntazo —y los detalles que siguen se supieron después, gracias a los debidos peritajes— con el afilado mango de un cucharón, muy aguzada púa que le atravesó el cerebelo para terminar por hundírsele en el lóbulo occipital, del lado izquierdo. Seco quedó el pobre. En el acto. Y en el acto, acto seguido, también quedó seco el Moncho Aparicio, a quien la misma púa le entró por una oreja y le salió por la otra.

Y el victimario del doble crimen, mientras aprovechaba el semáforo para bajarse de la chata a cumplir con sus largamente acariciados sueños de libertad, libre ya para transitar por el camino de ese sol que hoy había amanecido con una esperanza distinta, se sintió realizado por primera vez en su vida. Y no tanto porque, de ser atrapado, nadie se atrevería a tocarle un pelo debido a su evidente inimputabilidad de colifato. Se sentía realizado porque aquella misma tarde le había torcido el brazo al tiránico coordinador del taller de escritura: a pesar de lo ordenado por la consigna, él no quería disfrazarse ni de indio, ni de vampiro, ni de hombre de las cavernas, ni de otra cosa que no fuese una linda bolsa de consorcio.

## PAPILLA

ahora que me dieron en brazos a la beba ya van a ver cómo soy capaz yo de cuidarla desde este sofá yo la loca de la familia yo la separada sin tener ni el secundario yo ganando un sueldo de mierda yo la que hace mil años tuvo un marido que se estaba cogiendo a la vecina durante dos años enteros delante de sus propias narices yo a la que el hermano vivía tocándole el culo cada vez que pasaba al lado el hijo de puta que él se casó bien y se recibió de arquitecto y vive en este departamentazo y tuvieron con la cheta de la mujer un hijo precioso que les dio esta primera nieta preciosa que tiene olor a bebida preciosa como todas las bebidas preciosas yo que no me pesa nada en estos brazos de laburanta que jamás llega a fin de mes mientras estas mierdas me están refregando en la cara su reputísima guita y yo se me ocurre levantarme despacio entre los parientes que ya están brindando en esta fecha inolvidable del año nuevo que será más inolvidable todavía gracias a yo que ahora me decido a levantarme del sofá con la beba en brazos yo que no le doy bola a la mujer de mi sobrino que se me cruza y me dice viste tía elena qué linda gordita y yo que no pude tener ni un puto hijo por el aborto que me hicieron de pendeja yo no le contesto un carajo a la madre de la beba y yo saliendo ahora al balcón con la beba en brazos y en el aire ya la beba y doce pisos.



## LA VEZ DEFINITIVA

A papá pude verlo apenas me atreví a entrar en la cocina, ese epicentro de todos los fenómenos naturales que sacudían la casa. Fumaba, sostenía el vaso y el cigarrillo con la misma mano. Estaba parado al lado de la alacena, junto a un cenicero negro de ceniza que siempre dejábamos en el comedor. Observaba, acechaba en silencio a mamá.

Yo había vuelto del colegio a los tropezones, mordido por el llanto. Venía con la noticia del fallecimiento de la señorita Magdalena. Nuestra segunda mamá. Una de las maestras más queridas. Mientras atravesaba el jardín comprendí que era conveniente dejar de llorar: aun sin haber visto a nadie, me había dado cuenta de que el horno no estaba para bollos. No sé. A esas cosas, en casa, uno había tenido que aprender desde chiquito a sentirles el olor.

Papá despedía por la nariz un atemorizante humo de arabescos azules. Tenía la concentrada expresión de aquellos crueles y hambrientos dragones de los libros. El “Hola” que ilusamente dije pasó de largo. Papá hizo oscilar la tremenda cabeza con su característico gesto de desaprobación. Su mirada oscura, de reojo, viajaba obsesivamente de mamá al fondo del vaso ambarino, y de ahí a mamá. Supe que ese día iba a haber espectáculo, y del bueno. A las frecuentes parodias hogareñas de campo de concentración que sobrevenían a esos signos inconfundibles, yo las había bautizado “Papá lo sabe todo”. Después de las patadas, me divertía en mi pieza comparando a mi familia con las que, alegre y diariamente, aparecían por televisión.

Aquella mañana hacía un calor espantoso, inusual para esa época. Me quedé clavado en la entrada de la cocina mirándolos a los dos, a la espera, con la ajada valija del colegio colgándome de la mano. Los ojos en el piso, mamá iba y venía alrededor de la ancha mesa. Disponía, preparaba, tocaba y volvía a disponer y a preparar y a tocar las cosas: salero y platos y cubiertos sobre el mantel, vasos, la soda, el pan y su panera. Y así, como quien no quiere la cosa, casi distraído, mientras apagaba el pucho sobre el mármol gris de la mesada, papá dijo que mamá era un pedazo de pelotuda.

—Sos un pedazo de pelotuda —dijo, morosamente.

Mamá se limitó a hacerle una seña hacia donde estaba yo, después se atrevió a implorar su silencio con una mirada de teleteatro, sin contestarle agua va. Presintiendo lo que iba a venir, seguí parado en la puerta de la cocina, con mi tierno delantalcito aún sin sacar y mi tierna valijita aún sin descolgar. La verdad, siempre me quedaba a ver cuando a papá y a mamá se les ocurría dar, en vivo y en directo, “Papá lo sabe todo”. Pero, contra mi pronóstico, él cambió la voz. Y esto fue algo imprevisto. Yo todavía ignoraba que esa iba a ser la Vez Definitiva. La rutina que seguía al tradicional insulto de “un pedazo de pelotuda” era la de arremeter puteando primero a la madre de mamá, para continuar después con sus propios parientes. A veces pegaba un retumbante

puñetazo contra la heladera, y otras veces se le daba por poner en órbita de un patadón el tacho de basura. Más de una vez sospeché que mamá dejaba el tacho afuera del escobero a propósito, para que la turbia furia de papá, improvisando un satélite casero en dos patadas, se las agarrara con el tacho y no con mamá. Esta vez no hubo nada de eso. Papá, con su voz transformada en la de un nervioso profesor, doctoralmente, pasó a explicarme que la pedazo de pelotuda que yo tenía por madre había dejado que el pollo se carbonizara en el horno. Creo que en ese momento hasta sentí olor a quemado. Mamá me miró con una tristeza impresionante. Dijo, muy despacio: “Andate por favor, Daniel”, hizo un gesto cansado con la mano. Papá me miró como si recién ahí hubiera descubierto mi presencia. Algo brilló en sus ojos, un destello que yo nunca le había visto. Contempló el macizo vaso Durax que tenía en la mano. Lo alzó a la altura de su mirada, lo sopesó, volvió a mirarme. Se decidió por mamá: sin esperar a que yo me fuese —aunque la verdad es que no me hubiera ido por nada del mundo—, después de apurar hasta la última gota del vaso, se lo arrojó en plena cara. Un tiro neto, directo. Curioso: contradiciendo las infalibles leyes publicitarias, el vaso se rompió de un golpe seco en el pómulo de mamá y cayó sonoramente al suelo, en dos mitades. Reí, pensando en que debía haber venido mal de fábrica. Mamá se agarró del mantel y tiró al piso todo lo que había estado ordenando. Cayó de rodillas sobre los mosaicos, se llevó una mano a la boca y otra a la cabeza y gritó que papá era un loco cobarde hijo de puta y que esta vez sí iba a ir a la Policía. Papá también rio, pero en otro tono. De repente se dobló y vomitó el vino en un chorro tinto de considerable grosor, profundamente rojo. Esta claudicación lo habrá llenado de furia: se repuso de inmediato, con un soberano empujón me incrustó contra la pared, y agarrando a mamá por el pelo la levantó en el aire como a una muñeca de trapo. Yo tendría que haber dejado de gritar y correr a llamar por teléfono al tío Joaquín, el único capaz de controlar a papá cada vez que se ponía mal. Pero papá nunca se había puesto así. Me quedé quieto, en un estado de parálisis absoluta, como el pichón ante la víbora, fascinado por el tono diferente con que se estaban dando las cosas.

Papá era un raro gigante cabezón, ancho, muy ancho, formidable. Yo, a veces, hasta me preguntaba cómo era posible que un simple y puto vaso de vino pudiera hacer lo que hacía en semejante urso, en semejante cabeza de antropoide cuaternario. Es hora de que lo cuente de una vez: en aquel tiempo, mamá estaba embarazada de cinco meses. Papá, frenético, con el pelo sudado sobre los ojos, sosteniendo a mamá como una bolsa marinera, levantó su brazo de tornero —esto no es ninguna metáfora: cuando todavía podía trabajar, ese era el oficio de mi padre— y, cerrando la mano, descargó el puño una y otra vez, como un pistón, en mi hermanito —o hermanita, ya nunca podría saberlo— haciendo que mamá se desplomara nuevamente, ahora sobre los restos del vómito paterno y los trozos de vasos y platos y mis útiles y cuadernos desperdigados por el piso. Mamá pegó un alarido que contenía todo el dolor que una hembra podría llegar a sufrir. Temblaba, medio muerta ya, con las manos en la pancita, contraída. Papá vomitó otra vez, al aire. Pensé que quería rivalizar en sus colores tintos con los de la sangre que salía de mamá. Después, vertió encima de ella una humeante meada interminable, y asumiendo de nuevo la voz, el papel del viejo profesor, dijo que así acababan todas las pedazos de pelotudas que dejaban que el pollo se hiciera mierda. Yo no atiné a hacerle ver que ni siquiera era un pollo. Se trataba de un trozo de carne con papas alrededor, flotando en salsa, muy crudo, adentro de una asadera, listo para ser metido en el horno. Lo que sí pude hacer, por fin, fue correr hasta el teléfono: papá explicó que iba a serrucharle los pies a mamá. Buscaba y rebuscaba en el cajón de los cubiertos “algo que sirva de serrucho”. Pienso que igual no hubiera podido lastimarla: noté

que la pobre ya estaba muerta, como sumergida, como adobada en su propia sangre. Para variar, el teléfono no tenía tono. Mientras papá, en su incesante búsqueda del cuchillo, tiraba cerca del cuerpo flojo de mamá todo el contenido del trinchante, yo me saqué el delantal, puse en un bolso algo cualquiera de abrigo —para no hacer concesiones al sentimentalismo no diré que era un pulóver que mamá me había tejido en otoño, aunque, en realidad, sí lo era— y salí a la calle. Se dice, entre las sabientes gentes de la China, que, para cubrir grandes distancias, sólo hay que empezar con un pequeño paso. La vereda y su mañana me recibieron con una insólita calidez: debía de hacer más de 40 grados a la sombra. Desde muy cerca, me llegaban los rojos silbos del zorzal de los de al lado. Un regalo del cielo, que le dicen. También alcancé a oír a papá, buscando.

Y así, ya lo ven, empecé a caminar y a caminar y a caminar, camino del monte donde se arrastran las víboras.

Y, mientras camino y camino y camino, camino del monte donde se arrastran las víboras, muchos años después de la Vez Definitiva, pienso, pienso mucho. Pienso, por ejemplo, en papá. ¿Habrá encontrado, después de tanto tiempo, el instrumento apropiado para el tobillo de mamá?

En este caminar infinito y serpenteante, pienso incluso en la señorita Magdalena, la única maestra bondadosa que nunca se había merecido los coloridos gargajos con que frecuentábamos la parte posterior de su guardapolvo. Mi segunda mamá, para quien, también —cáncer de estómago mediante—, aquella Vez fue la Definitiva. Le gustaba la poesía. En una clase, nos leyó un poema de un poeta —un poeta de afuera, supongo—, cuyo nombre se me escapó para siempre. No pude olvidar que la poesía empezaba exactamente así: “Quisiera irme a vivir con los animales”.

## NUNCA LA SOLEDAD FUE TAN OSCURA

Deambulando solo, como siempre, recorría la casa de sus abuelos, después de cuarenta y cinco años.

La cocina de hierro, la monstruosa bañera con garras de bronce en las patas y los muebles Reina Ana del comedor estaban en mejores condiciones que cuando él los había visto por última vez. Todo seguía intacto, sin el polvo y las telarañas de las pesadillas, como si ese medio siglo de ausencia no hubiese transcurrido. Todo irradiaba belleza, fragilidad. Todo irradiaba dulzura.

Pero él no se sentía muy feliz por el regreso a aquella casona, y no lograba explicarse la causa. Había un recuerdo *ahí*, vaya a saber en qué rincón. En qué sótano de su alma herida. Y unas voces de mujeres le dijeron que no entrara en la habitación de la abuela, al fondo del pasillo. ¿Para qué, si él no pensaba hacerlo?

Entró en la habitación de la abuela.

La abuela no estaba, y tampoco estaba el abuelo: ella ya había enviudado de aquel viajante que solía desaparecer durante meses. Un abandonónico, como le había dicho su nuevo psiquiatra. Un inhallable.

Lo que sí vio en la habitación de la abuela, sobre la cómoda, fue el vidrio tornasolado.

El frasco.

El frasco de perfume, claro que sí. El frasco de perfume con el típico cristal bordeado de relieves sinuosos. Con el atomizador de goma terminado en flecos. A sus cuatro o cinco años, a él le encantaba.

El atomizador de goma.

Goma suave.

Flecos suaves. Acariciantes al tacto.

Y todo se volvió tinieblas que se confundieron con la claridad del cuarto cuando él entreabrió los ojos.

Despertó empapado en sudor y en lágrimas. Despertó por culpa de los latidos punzantes de su propio corazón, el mismo que debía soportar ahora la avalancha de esas décadas de miseria, de fracaso y de vergüenza que acababan de venírsele encima en una sola noche. Toda una impotente y solitaria vida de impotencia cifrada en la tarde que el sueño le había revelado para siempre. La siesta aquella, cuando después la abuela le dijo que vos y yo no hicimos nada malo y que cuidadito con andar contándolo.

## EL CEREBRO DE KENNEDY

—Fue Kennedy, doctor —insistía del otro lado del escritorio el paciente, con su acento eslavo y su disonante voz de viejo a quien le falta más de una pieza dentaria—. Ya les expliqué más de mil veces a usted y al loquero que me vio al principio. ¿O es que no lo entienden? Al final yo hablo el castellano mejor que ustedes dos.

Kraszewski. Witold Kraszewski. El Colifa de la Escopeta o El Francotirador de las Barrancas, como ya se lo iba conociendo en las redes a aquel delirante septuagenario de empaque europeo y desenfadadas maneras. Y, por cierto, todo lo que estaba diciéndole al psiquiatra forense ya lo había explicado mil veces durante sucesivas declaraciones.

—Fue Kennedy —repitió, levantando temperatura—. Él es el que me ordena que haga lo que vengo haciendo. Lo que venía haciendo, mejor dicho, antes de que ustedes me agarraran. Por suerte que me agarraron, mire. Porque sepa que Kennedy, como dicen los chicos, no tiene códigos.

—¿Kennedy-Kennedy? —preguntó el doctor Duchovny, apoltronado en su sillón y presionando con el pulgar la goma de borrar del lápiz—. ¿John Fitzgerald Kennedy?

—¡Pero sí! —estalló el Colifa—. ¡El presidente Kennedy, el yanqui! Una vez por semana, en cualquier día de la semana, pero siempre a las once menos cuarto de la noche, se me aparece el puto presidente Kennedy en la cocina mientras yo lavo los platos. O en el comedor, cuando voy a mirar alguna serie.

Duchovny llevó el lápiz al bloc que al comienzo de la entrevista había sacado del bolsillo trasero del jean. “Cocina / Comedor / Disociación del eros genital y el eros gástrico” anotó, y con dos líneas paralelas subrayó esa primera hipótesis, de la que se sentía sumamente orgulloso. La mina del lápiz se le quebró al trazar la segunda línea.

—De manera que John Fitzgerald Kennedy —dijo dándole al lápiz con el sacapuntas que tenía sobre el escritorio— se le aparece una vez por semana en la cocina o en el comedor.

—Ajá. Una vez por semana, y a las once menos cuarto de la noche.

—¿Y qué series mira usted, señor Kraszewski?

El viejo alzó el mentón y miró al psiquiatra como quien no puede creer qué le están diciendo.

—¿Y eso qué carajos importa, doctor? Miro *El Show de Dick Van Dyke* y *Los intocables*. ¿Está mal?

Acá te agarré de esos huevos largos, viejo choto, se dijo Duchovny. Y disparó, mirándolo desde arriba al Colifa al apuntarlo con la nariz, desde su sillón:

—El primer paso frente a un paciente con síntomas referidos a algún posible trastorno mental es la completa evaluación de su entorno, para excluir o confirmar la presencia de estímulos

externos que determinen su conducta. En su caso, señor Kraszewski, conducta criminal. Lamento informarle que esas series que usted acaba de mencionar ya no se pasan más. Lo interesante es que, casualmente, las dos series eran transmitidas en Estados Unidos en la época en que el presidente Kennedy fue asesinado.

El asesino le echó a Duchovny una mirada indulgente. Dijo, después de armarse de toda la paciencia del mundo:

—No sé si se enteró, doctor, que desde hace más de una década existe un sitio web que nos ayuda a los usuarios a compartir material audiovisual sumamente variado. Se llama YouTube.

Me recagó, se dijo el psiquiatra, y estaba por replicar cuando el Colifa siguió diciendo:

—A veces Kennedy entra en mi pieza, cuando yo estoy leyendo o buscando en la notebook alguna información que me ayude a entender qué está pasando. El tipo entra, saluda en inglés, y me entrega un papel con las órdenes que yo debo cumplir en lo inmediato. Un papel escrito de su puño y letra. Y después me sonrío con esa sonrisa dientuda de presidente yanqui, me hace la venia, y después... ¡puf! Así como viene se manda a mudar. Está furioso y busca venganza, doctor, usted sabe. Y vaya si está teniendo éxito el *motherfucker*. Si ustedes no me agarraban, estoy seguro de que las cosas hubieran sido mucho peores. Y pensar que uno lo ve así, en las fotos, con esa carita de nene bueno.

Increíble lo que puede llegar a sistematizar la gente para sentirse viva, pensó Duchovny, y repasó sus notas mientras el hombre mayor que tenía frente a sí seguía fumándose aquella historia por cuadragésima vez. En las últimas semanas, Witold Kraszewski —culto, vecino de San Isidro, inmigrante polaco, bibliotecario jubilado, católico y viudo en primeras nupcias—, parapetado desde la glorieta de su terraza y oculto entre los jazmines que cuidaba con ejemplar esmero, se había cargado a cinco, meta bala. Para tales menesteres, el Colifa de la Escopeta había empleado un Remington 700, un fusil de caza cargado con munición calibre .308 Winchester, del cual el imputado era legítimo tenedor, según constancia del Registro Nacional de Armas.

El Colifa del Fusil, se dijo Duchovny. Así deberían llamarlo al viejo, con más propiedad, si no fuera porque, para cualquier persona promedio —periodistas y vlogeros incluidos—, toda arma larga es una “escopeta”. Y Kraszewski, que en su madurez se había convertido en un excelente cultor de la caza mayor, ni siquiera había necesitado una mira telescópica o un bípode con que sostener su bruto fierro para hacer el desastre que hizo.

La extracción social, características generales y edades de las víctimas eran bien variadas. Al margen de que todos los disparos —mortíferos y certeros disparos— habían sido a la cabeza y de que la gente baleada se estaba movilizando en vehículos al momento de su exterminio, se veía que las órdenes del presidente Kennedy no guardaban ningún patrón en especial. Rara y pluralista venganza era la suya. En la primera semana, hacía poco más de un mes, habían caído los primeros dos inocentes: un electricista de treinta y siete años que estaba por llegar con su camioneta a una instalación en un chalet cercano al de Kraszewski, y una chiquita rubia de seis años que volvía en el transporte escolar, del colegio a La Horqueta. A las dos semanas, se produjo el tercer caso: el de la modista cuarentona y su novio, quienes justo paseaban en moto a treinta metros del apostadero de Kraszewski; murieron, con apenas segundos de diferencia, primero la dama y después el caballero —los dos iban sin casco, de cara al viento, aprovechando que últimamente los efectivos policiales se estaban divirtiendo como nunca gracias a la caza de pokemones—. En la quinta semana, el último caso fue el de un pedicuro cincuentón. Detenido por el tránsito en la esquina norte de la cuadra de Kraszewski, asomó la cabeza por la ventanilla de su Fiat Uno del

2004, para escupir, según testigos, un carozo de durazno o de aceituna.

Fue entonces cuando los de la Bonaerense lograron por fin ubicar el lugar desde donde se venían efectuando los disparos. Y lo lograron con la ayuda de los vecinos, a quienes los ruidos del arma molestaban sobremanera aunque no podían precisar de dónde provenían. Por supuesto, el último de los sospechosos era el bibliotecario de la cuadra, un viejo encantador que había enviudado hacía menos de un año. Un hombre de perfil diametralmente opuesto al de los asesinos seriales, dueño de una vida conservadora y discreta. El mismo hombre que ahora lo escrutaba con ojos aviesos, escritorio de por medio y a merced del Poder Judicial.

Y en esos ojos Duchovny volvía a leer las palabras que Witold Kraszewski venía repitiendo hasta el hartazgo desde que lo habían apresado: “Kennedy es el que me ordena que haga lo que vengo haciendo”.

*Yo soy el que le ordenaba que hiciera lo que venía haciendo, pedazo de mierda. Yo, el cerebro de Kennedy.*

¿Y eso? ¿De dónde acababan de venirle esas palabras absurdas a Duchovny, y encima dichas en inglés americano? ¿El viejo había dicho semejante delirio, o sólo le pareció a él? No, Kraszewski no había abierto la boca; desde hacía varios minutos permanecía callado, sosteniéndole la mirada. Y tampoco era ventrílocuo, o nada que se le pareciera. Puras imaginaciones suyas, seguramente inducidas por el estrés de procurar encontrarle la vuelta a todo aquel asunto. Duchovny ya estaba harto, necesitaba cerrar su informe y mandarse al country. Necesitaba apartarse de esos claros ojos inflexibles en los que brillaba la más plena y absoluta de las certezas.

Hojeó sus notas. “Kennedy es el que me ordena que haga lo que vengo haciendo”, qué notable fantasía esquizoide. Una transferencia difícil de verbalizar, aunque el viejo la venía repitiendo como si fuese una verdad incuestionable. Pero, aun considerando como una loca hipótesis el hecho de que Kennedy mismo le ordenaba cargarse a tal o cual hijo de vecino, los de Científica no habían encontrado ni un solo papel autógrafo en la casa del viejo, que se manejaba con su MacBook mejor que cualquier pendejito cibernético. Aquello de las notas con las órdenes no tenía asidero, provenía del mismo cerebro enfermo. O que se fingía enfermo. Y la inexistencia física de dichos papeles tiraba abajo cualquier hipotética defensa de aquel asesino. Un asesino serial, sí, porque eso era al fin de cuentas el iracundo ancianito que él tenía enfrente.

Lo que sí encontraron en la casa del viejo fue una multitud de recortes que tupían cada una de las paredes de su estudio: todos estaban relacionados con el asesinato de John Fitzgerald Kennedy, perpetrado en Dallas hacía más de medio siglo; incluso muchos de ellos habían sido pegados con chinches al borde de los anaqueles de la biblioteca. Más que recortes, se trataba de impresiones de fotografías, notas y artículos que el viejo había bajado de distintos sitios de la web. Según declaraba, lo hacía para entender “qué está pasando”. Lisa y llanamente, otro mecanismo de defensa, esta vez por vía de la disociación. Como fuese, esas impresiones llenaban seis biblioratos tamaño XL, que Duchovny tenía ahora mismo a un costado del escritorio. Cada uno había sido etiquetado de acuerdo con el contenido, que él venía analizando y compilando: JFK / JFK II / JACKIE Y MARILYN / L. H. OSWALD / BOB / COMISIÓN WARREN. Y de una carpeta manila Duchovny sacó un recorte muy curioso que aún no se decidía en cuál de los biblioratos ubicar; si en el JFK, el JFK II o en el BOB. Su título era bastante sensacionalista, pero tenía visos de verosimilitud: LA DESAPARICIÓN DEL CEREBRO DE KENNEDY TRAE DE CAB...

—¡¡¡KENNEDY ES EL QUE ME ORDENABA QUE HICIERA LO QUE VENÍA HACIENDO!!! —gritó el viejo intempestivamente, y advirtiendo que se revolvía en su asiento y estaba por levantarse, vaya a saber con qué agresivos objetivos, Duchovny optó por oprimir el intercomunicador y hacerlo desalojar del consultorio. Mientras dos monos armados con sendas tonfas se lo llevaban, uno de cada lado, el viejo seguía gritando a lo lejos—: ¿Por qué carajo no me creen, señores? ¿TAN DIFÍCIL ES ENTENDER QUE FUE KENNEDY?

Ya solo y mordisqueando la goma de borrar del lápiz, Duchovny asoció aquel obsesivo discurso con el caso de Berkowitz; David Berkowitz, más conocido como “El hijo de Sam”. A seis se había cepillado aquel hijo de puta en la Nueva York de mediados de los setenta. Y una vez el loco de mierda había dejado una carta y todo, en la que aseguraba estar poseído por un espíritu demoníaco. Después de analizar esa carta, los forenses llegaron a la conclusión de que el tipo era un perfecto esquizofrénico. Y no era para menos: Berkowitz declaraba muy suelto de cuerpo que un puto demonio había poseído al puto perro de un puto vecino, y ese mismo puto perro era quien le ordenaba cometer los putos asesinatos. Por supuesto, tal vez Berkowitz no estaba tan loco y se curaba en salud, para poder alegar demencia en caso de que lo agarrasen. Y el viejo Kraszewski, fumándose aquello de que Kennedy era quien le daba las órdenes, iba por idéntico carril.

¿Y si el viejo tenía un cómplice, al igual que se sospechaba de Berkowitz? ¿Y si no era él el cerebro de las cinco operaciones que había perpetrado con un éxito devastador?

Todo era posible. Todo es posible en la Dimensión Desconocida. Tan posible como lo que se aseguraba en aquel artículo inclasificable, que ahora Duchovny se daba a releer:

### **LA DESAPARICIÓN DEL CEREBRO DE KENNEDY TRAE DE CABEZA A LA HISTORIA**

El escritor James Swanson sugiere que el cerebro de John F. Kennedy, asesinado en 1963, pudo haber sido sustraído por su hermano Robert, a fin de encubrir qué medicamentos se administraban al Jefe de Estado. “No todos los testimonios del asesinato se encuentran en los Archivos Nacionales. Una pieza única pero macabra de esta colección no está allí. Se trata del cerebro del presidente Kennedy”, escribe Swanson en su libro *El fin de los días: el asesinato de John F. Kennedy*. Una vez que se realizó la autopsia al presidente asesinado, su cerebro se colocó en un recipiente de acero inoxidable con una tapa de rosca.

Existen varias versiones sobre las posibles causas del robo. Los teóricos de la conspiración creen que de este modo se trató de ocultar el hecho de que el disparo había sido efectuado sobre la frente de Kennedy y no por detrás de la cabeza, como sostiene la versión oficial.

Sea como fuere, hasta ahora no existe información sobre la ubicación del cerebro del mandatario.

Duchovny miró el reloj: se había hecho tardísimo. El Departamento ya estaría prácticamente vacío un viernes, y máxime ante el feriado largo que tenían por delante. Y a él no le gustaba ni medio manejar muy de noche hasta Nordelta. Mejor dejar para mañana —para el martes, mejor dicho— lo que podía hacerse hoy.

Y entonces, cuando estaba decidiéndose a incluir en el bibliorato BOB la nota sobre el paradero del cerebro de Kennedy, hubo un estrepitoso fulgor como de cristales rotos que no



provenía en particular de ningún rincón de su oficina sino de cada metro cuadrado del cielorraso. Una luminosidad que todo lo inundaba y que crecía más y más en una miríada de agudas partículas que acibillaban de dolor la cabeza del psiquiatra. Y esos cristales relumbrantes iban adensándose y cobrando forma hasta convertirse en una silueta, en una figura humana.

El atónito y ya casi descerebrado Duchovny recordaba haberla visto hacía minutos, al hojear el bibliorato correspondiente a JACKIE Y MARILYN.

Parada junto al archivo metálico que ocupaba la pared izquierda del despacho, la figura le sonreía. Iba de frac, con un clavel en el ojal. El mismo frac que había lucido el día en que desposó a Jacqueline Bouvier, diez años antes de que —según la versión oficial del FBI— Lee Harvey Oswald le volara la cabeza con un fusil Carcano calibre 6,5 mm.

—Permítame entregarle sus órdenes, doctor —le dijo en un inglés sesentoso John Fitzgerald Kennedy al pobre Duchovny, cuya psiquis ya estaba más recontrafrita que la del propio Witold Kraszewski.

Mientras tanto, en las entrañas de su laboratorio, el doctor Gilles de la Tourette, uno de los más conspicuos miembros de la comunidad necrofílica de Buenos Aires, se felicitaba por haberse hecho, en la última y secretísima subasta internacional, de la pieza que necesitaba para poner en marcha su nueva invención. El encéfalo se había adaptado perfectamente a los dispositivos biopsicotrópicos, y el rango de frecuencia aplicado eximía a Gilles de necesitar programas hologramáticos para poder materializar a su instrumento.

El científico se restregaba las manos de satisfacción. ¿Qué fortuna no le pagaría Estado Islámico por la patente de aquella arma mortal capaz de imponer su voluntad asesina sobre cualquier candidato que se le antojase al usuario?

Y eso que Kennedy era un tipo macanudo, se dijo.

Y se puso a soñar con las catástrofes que podrían provocarse cuando lograra hacerse con el negro cerebro de Barack Obama.

# EL CASO DEL JACUZZI ROJO Y EL ARCÓN DE LOS RECUERDOS

Desde el roof de su penthouse de Puerto Madero —loft de 250 m<sup>2</sup> / irónica vista al Puente de la Mujer—, con una taza de café en una mano y el iPhone 7 que se trajo de Monterrey en la otra, él revisaba sus notificaciones de Facebook. Y estaba por dejar de lado tantas boludeces sin sentido, para entrar a elegir alguna comedia livianita en Netflix, cuando su pulgar dio con una imagen *muy* impactante. Bueno, *muyimpactante* para él, que desde la semana pasada andaba bastante evocativo. Y la imagen, al verla detenidamente y al leer los disortográficos textos que la acompañaban, le trajo una infinidad de recuerdos de hacía casi quince años; de la época en que había empezado a levantar cabeza. Y sobre todo los recuerdos se le dispararon porque la imagen en cuestión llevaba el siguiente epígrafe:

esto te hara recordar a algun ser querido  
quien la usó?

El arcón de los recuerdos. Así se llamaba el sitio que alguien, entre la multitud de pelotudos ociosos, había compartido. En cuanto a la imagen, bien hiperrealista, era inequívoca, contundente: unos dedos en pinza insertaban en una maquinita de afeitar una clásica Gillette Blue Blade. Catorce likes tenía hasta el momento, además de nueve comentarios; entre ellos:

Mi querido Nono Marco

M padre la usaba

Todavía se vende

Mi papá!!

mí querido Padre Estés donde estés t llevo n mi corazon Amén

Y entonces él sonrió, tuvo una inspiración súbita.

Dejó la taza de café sobre la mesa de arrimo —el sol que moría en la ciudad puso un brillo rojo en la cerámica blanca— y creó un perfil con el nombre Kamilo Kanegato. Y redactó su comentario:

Mi mujer, dueña de un laboratorio que le había dejado su ex, la usó una vez sola. Fue su última decisión. Era absurdamente rica (más rica que Menem y Angeloz juntos, pongamos por caso), pero se decidió a usarla cuando ya no pudo soportar las mil y una humillaciones e infidelidades a que yo la venía sometiendo durante tres años enteros para inducirla a hacer lo que finalmente hizo. El único consuelo que tenía la pobre era el de masturbarse apasionadamente en el jacuzzi, al borde del cual yo siempre le dejaba como al descuido la Gillete. Y pensar que podría haber sido el autor de cuentos y novelas policiales que siempre quise ser, si aquella me hubiese alentado. Si tácitamente no me hubiese convencido de que era preferible esperar, paciente y al acecho y soñando con mi actual vida de heredero cagado en guita, su última decisión.

Revisó el texto, le agregó una letra *t* a “Gillette”, y dio ENTER.

Se divertía con el aluvión de comentarios y emoticones que iban entrando: invariablemente caritas de culo y acusaciones de ser un tipo de mal gusto, un enfermo, un pene, un machista. Y hasta hubo un “fumado biolento de género”.

Repasó su post, y se dijo que tan mal escrito no estaba. Eso sí: no era para nada imaginativo.

## LA TERAPIA DE GRUPO Y EL INSTINTO DE CACERÍA

—Yo a todas las chicas les hacía lo mismo. A todas las desconocidas, no sé si me entienden. A todas. Tendrían que haberme visto en aquella época.

Santiago hablaba y hablaba, y a medida que iba desplegando el plano de sus humillaciones y fracasos, el terapeuta y los demás del grupo asentían en actitud de afectuoso respaldo. Desde lo alto, los aros de básquetbol lo vigilaban todo en una especie de simétrica estereoscopia: afecto a los símbolos, el licenciado Guedinsky —“Wally”, como el tipo había propuesto que lo llamaran para romper el hielo— había dispuesto que el grupo se reuniera, con las sillas formando un círculo, en el “centro fundacional” de la cancha de básquetbol del Club Social del barrio.

—Nunca me animé a hacérselo a ninguna en terreno firme —seguía diciendo él, que en los últimos meses, próximo a los cincuenta y tres años, se estaba volviendo bastante locuaz—. Nunca me le animé a ninguna por la calle. Siempre se los hacía desde el colectivo, sentado y a través de la ventanilla. Y eso, de puro cag... De puro cobarde, ¿vieron?

Sonrió, confuso. Los demás, incluso Wally, alzaron los brazos en señal de indulgente aceptación. Y estaba bien: él sabía que aquello no curaría su disfuncionalidad eréctil crónica, pero al menos se sentía apoyado. Si de apoyo se trata, se dijo en un raptó de humor negro, algo es algo.

La única que permanecía impertérrita ante su relato era esa morochita quinceañera de jogging Adidas amarillo, que se había presentado como Lady Miriam. Desde que Wally le había pedido a cada uno que se presentase con el nombre que quisiera, la chica —*¿de dónde la recordaba él, tan lejanamente?*— no le había quitado los ojos de encima. ¿Por qué provenía tanta insistencia de la profundidad de esos ojos oscuros y grandes como ciruelas? ¿Tanto le llamaba la atención a aquella Lady la historia de la frustración de un viejo de cincuenta, que bien podría ser su padre? A lo mejor era de esas pendejas que se volvían locas por los jovatos. Y Santiago sonrió, con tristeza: de ser así, la pobre iba muerta si pretendía eso-que-dicen-que-todas-las-mujeres-pretenden. Y además era muy chica para integrar el grupo de terapia, pero donde manda capitán no manda marinero.

—Hubo una vez que dejé de hacerlo para siempre jamás —dijo él, rascándose incómodo la estrecha calvicie—. ¿Ustedes vieron esos perros estúpidos que salen a correr a los autos por la calle?

Todos asintieron. También —un poco— Lady Miriam, que sentada en diagonal a él no dejaba de mirarlo como hipnotizada.

—El perro es un cazador nato —dijo Wally, y debió atajar su cuaderno de notas, que acababa de resbalársele por el muslo—. Y para el perro perseguir un coche significa prolongar su instinto de cacería.

—Bueno —siguió diciendo Santiago—, ¿vieron lo que pasa cuando el auto en cuestión se detiene?

Hubo un silencio tímido y general.

—El perro no sabe qué hacer —se atrevió a arriesgar la lunga narigona y de cogote estirado que durante su presentación había declarado ser organista de iglesia.

—Exacto, Luciana. —Él la apuntó con el dedo—. Eso mismo: el perro no sabe qué hacer. Y así me pasó a mí. Fue la única vez que una chica me dio bola con ese truco estúpido que yo les hacía de guiñarles el ojo desde arriba del colectivo. Fue en Plaza Mayo, cuando el 29 doblaba para San Telmo. Era de noche. Noté que la chica andaba con un grupo de gente de su edad, y se ve que estaba sin pareja.

—O con hambre, Santi —dijo Wally El Terapeuta Desenfadado.

—Puede ser, Wally. Lo cierto es que la señal de aceptación que la chica me hizo desde la vereda fue tan explícita, tan disimulada y erótica al mismo tiempo, que me acuerdo perfectamente lo colorado que sentí que me puse. Y eso que pasaron más de treinta y pico de años. En esos labios rojos leí que se articulaba un inolvidable “Bajate” de ojos bien abiertos. Y, como el perfecto reprimido que soy, yo no me bajé. Qué me voy a bajar. A partir de ese momento, no jodí más a ninguna. —Hizo silencio, tosió un par de veces. Y agregó, sintiendo que la pija se le había vuelto un fideíto casereccia más diminuto que nunca—: Bueno, nada, eso. En fin, acá me tienen.

Wally empezó a aplaudir, pero muy pocos le dieron bolilla.

Y la que menos bolilla le dio fue ella, Lady Miriam.

Ella, que por fin acababa de reconocerlo. Ella, que hoy había decidido darse una vuelta por ese ignoto club de barrio, en busca de algún candidato. Ella, que ahora se pasaba la lengua por los labios sensuales mientras se decía “Mejor tarde que nunca”. Ella, que aquel día remoto, de hacía más de treinta años, había tenido que sufrir, por culpa de semejante pelotudo, el peor síndrome de abstinencia vampírica que había padecido en cuatro siglos.

# LA PATRULLA DE LOS CHIMPANCÉS

Ignorando la aleccionadora desgracia que ocurrirá dentro de pocas páginas, pletórica de autoafirmación y autoestima, Felicidad se sentía una diosa. En aquel mediodía de noviembre, caminaba rumbo a la estación del subte de Plaza Italia, por Santa Fe, frente a la Rural, y la plácida calidez del sol la penetraba, vivificándola de alegría cósmica. La semana pasada había festejado sus primeros veintisiete años de vida, y todo lo que le había pronosticado su nuevo guía astral se venía cumpliendo joya: bellos días plenos de conciencia de Krishna, y amor y paz para compartir con el otro o con la otra, sea quien fuese o fuera. Gracias al Taller de Sanación Angélica que acababa de vivenciar en la Fundación BISNIETOS, se había armonizado totalmente. Y lo más: esta noche pintaba superluna.

Y pensar, se dijo, que la gente boluda ni sospecha que existe algo así en el universo, ni siquiera intuiciona que existe esta clase de Amor.

Amor, eso. Mucho Amor. Y todo gracias al Avatar, que ya se lo había revelado bien clarito: la misión universal de la una y del uno es encender la lámpara del Hombre en el corazón del Amor. ¿O era... encender la lámpara del Amor en el corazón del Hombre?

Entonces algo la distrajo de aquella pregunta crucial. Al pasar frente al Zoológico, recordó lo que esa misma mañana había informado Lape por *TN*, cagándose de risa y alisándose el saco fucsia: horas atrás, un mono logró saltar el cerco de la monera para rajarse del Zoo. “Está suelto por Palermo”, advirtió Lape, divertidísimo. “Y puede ser peligroso”.

Mejor, se dijo Feli. Mejor para el pobre monito. Y ojalá que no lo encuentren nunca. Los zoológicos se convirtieron en cárceles donde maltratan cruelmente a los animales, que son buenísimos.

Y, saltando de asociación en asociación, su subjetividad recordó cuando la abuela la había llevado a ese mismo lugar horrible, de chica: frente a la monera, había una caja de madera con un letrero clavado al poste que la sostenía:

## ABRÍ LA TAPA Y TE ENCONTRARÁS CON EL ANIMAL MÁS AGRESIVO DEL MUNDO

Cuando Feli, alzada por la abuela, abrió la tapa de la caja, recibió una lección que habría de marcar para siempre su vida: un espejo le echó en cara la imagen de su propia cara.

Más alienante que nunca, la Santa Fe atentaba contra el cumplimiento de su misión de Amor, sea cual fuese. Las disquerías vomitaban música *mainstream* desde sus parlantes en la vereda, y a

esa hora los bares y pizzerías apestaban a comida chatarra y fritangas. Aquello era un culto al consumismo y a la supresión del Niño Interior, como le decía tiempo atrás su Instructor en Artes y Ciencias Orientales, ese simpático swami paraguayo de bella tonada que ahora atendía en Palermo Sensible como brujo wichi.

Felicidad cruzó Thames, pura túnica de bambula y dorados rulos al viento, haciendo tintinear el collar de campanas de bronce que le había traído de la India su Coordinador de Vidas Pasadas. La manada de oficinistas y vendedores de los negocios salía a devorar esos horrendos sándwiches repletos de carne muerta de vacas y de pollos. Y, para evitar que la tentase la deliciosa baranda que soltaban los lomitos, los chorizos y las pechugas dorándose en su jugo, ella decidió que lo mejor sería interactuar con la energía erotizante de los árboles de la vereda, tal como lo había aprehendido en aquel *Ecosexual Workshop*, en San Francisco. Un frondoso jacarandá, junto al puesto de flores de la esquina de Borges, le llamó la atención: advirtió en su corteza, a la altura de la mirada, unas letras como trazadas a cuchillo y enmarcadas por un corazón medio borroso:

JUANCA  
Y  
JULIETA  
SE AMAN

Cuchillo hiriendo al *partner* vegetal, internalizó Feli. Qué horribles debían de ser esos Juanca y Julieta. Y encima héteros que “se aman”, por favor.

Y se apartó del jacarandá y eludió esa imagen agresivamente patriarcal, avanzando hacia la boca del subte bajo la lluvia del rocío de miel de las tipas. Los árboles nos bendicionan, se dijo —como casi todo el mundo, ignoraba que tal “rocío” es en realidad savia convertida en excremento de áfidos—, y se detuvo y abrió los brazos y sacó la lengua, y la copa de la tipa la bendijo con una gota —una insospechada caquita fría, por cierto—, que Feli místicamente se mandó al buche. Buena manera de despegarse de la negatividad de aquel pensamiento negativo, pensando en positivo. Y sobre todo se despegaba recordando que anoche mismo había verificado, con pecuniario alivio, el nuevo depósito en euros que le había hecho en el Credicoop el careta de su viejo.

Y en eso estaba cuando, al bajar por las escaleras del subte de Plaza Italia, alguien le tocó el hombro.

—En qué andás, boluda —le dijo ese alguien, que en realidad era una alguien—. ¿Tres días que no nos vemos, y ya ni me reconocés?

—¡Hola, boluda, me resorprendiste! —contestó Feli, y se detuvo en el escalón.

La boluda de resorprender era Soledad, su antigua cumpa de militancia en el Partido Obrero, quien días atrás había tratado de convencerla de que se anotaran en un Taller de Danza con Hadas a manifestarse en las dunas de Mar de las Pampas bajo el próximo plenilunio. Sole era una redivina, y las dos se veían cada tanto por la zona de la placita Cortázar. Egresadas del ILSE y eternas estudiantes de Psicología Social en la Kennedy, con tres o cuatro abortos y un par de intentos de suicidio cada una, las dos se entendían fenomenal. Con decir que cuando Sole se hacía los rulos, la gente las tomaba por hermanas y todo. Si hasta tenían el mismo tatuaje en el mismo hombro —un esperable



—, se habían rellenado las tetas con las mismas siliconas, vestían las mismas túnicas que hedían a patchouli y fumaban el mismo hash. Pero a Soledad le gustaba la bebida, y eso era lo único que las diferenciaba: Felicidad sólo se llevaba a los labios una mixtura de miel, agua y tomillo fresco, según lo había dispuesto su Orientador en Aromaterapia y Gemas. Gustos aparte, ahora estaban las dos ahí, mirándose a los ojos en la escalera del subte, con la gente boluda esquivándolas a las puteadas.

—El divino de mi terapeuta me explicó que la pasé bárbaro en tu cumple —dijo Sole, que ya ni recordaba qué había dicho o hecho en tal festejo.

—¡Gloria a Krishna, que todo lo cumple aquí y ahora! —dijo Felicidad, en idénticas condiciones amnésicas respecto de lo que había sucedido en su casa la semana anterior—. ¿Comiste? Vení, que acá a la vuelta abrieron un resto nuevo.

—¿Cuál, boluda? ¿“Prashadam”? —Soledad se rascó la cabeza—. No jodás, que está hasta las tetas todo el tiempo.

—Por lo menos es vegano-vegano. Dale, vení. —Pero en nanosegundos un par de neuronas sueltas en la corteza prefrontal del cerebro de Felicidad entraron en sinapsis, y ella se acordó de golpe: ¿no era que estaba por tomar el subte para ir a lo de su agente de viajes, en el Obelisco?—. Huy, qué boluda. ¿Me acompañás al centro? Comemos algo allá. Bancame un trámite en la 9 de Julio, que en tres semanas salgo para Tailandia. Capaz que vos también te tentás. Pasaporte tenés. Y a la noche, te quedás en mi loft: hoy es la superluna, y hay que aprovechar para pedirle.

—Dale, vamos.

Bajaron las escaleras, recargaron la SUBE, pasaron los molinetes, y ya la escalera mecánica las depositaba en el andén doble, cuando oyeron un cúmulo de voces airadas: un enjambre de gente rodeaba a un cana de la Federal. Y el cana de la Federal mantenía bien agarrado del pescuezo a un chico de melena apelmazada. Y el chico de melena apelmazada andaría entre los doce y los catorce años. Y lo más importante: se notaba a la legua que estaba mucho más necesitado de amor y comprensión que de represión y brutalidad. Si ni alpargatas calzaba el pobre, con esa costra de mugre oscureciéndole los de por sí oscuros pies.

—Quieto, conchitumadre —le decía aquel ogro, y Felicidad y Soledad se llenaron de indignación.

Felicidad supo que era hora de sumergirse en su Yo Profundo Que Es: se visualizó en medio de un bosque ataviada con la capa druídica que había traído de su último viaje a Prashanti Nilayam, y tomó aire invocando a las salamandras para que su voz saliera como un fuego. Y así, reenergizada al mango, habiendo logrado liberar su conciencia del quilombo que la rodeaba, le gritó al represor lo más fuerte que pudo y por encima de la marea de gente:

—¡PARÁ CON ESTO, CARAJO!

—¡Esooo, mierdaaa! —gritó a su vez Soledad impostando su más chillona voz de zurdita histérica—. ¡Paraaaá!

Todos los del enjambre redoblaron esfuerzos para increpar al policía:



—¡El pobre pibe no hace nada!

—¡Solamente estaba durmiendo en el piso, agotado de pedir en los vagones!

—¡No ves que no tiene ni zapatillas!

—¡No ves que vos no tenés tu placa de identificación!

—Seguro que a mí no me hubieras detenido, ortiba. Porque soy rubia no me hubieras detenido.

—Y a mí tampoco.

—Y a mí tampoco.

—Y a mí tampoco.

El policía, apurado como nunca en toda su carrera, sólo atinaba a trabucarse con que el derecho de los demás empieza cuando termina el deber del prójimo y demás insensateces semejantes. Se dijo que debía mantener la calma “aun después que los demás la hayan perdido”.

Y fue que, en medio de las voces descontroladas, Soledad dijo, simplemente:

—Soltalo.

Lo dijo con un tono de conciencia social tan proletariamente convincente, que todos hicieron silencio, todos se dieron vuelta para mirarla. Hasta el agente se dio vuelta para mirarla —eso sí: sin soltar al pobre pibe—. Hasta se dio vuelta para mirarla el pobre pibe en cuestión, quien se debatía como loco bajo la garra del rati, bien consciente de su mejor ventaja: todo el andén estaba de su parte.

—¡Qué estás haciendo con el pobre carenciado! —Soledad se solidarizó con el pibe quitándose resueltamente las sandalias, y en patas nomás se adelantó hacia el policía, que calzaba un par de brutos borcegos—. ¡Qué estás haciendo con esta víctima del neoliberalismo, la derecha clerical y el capitalismo salvaje! ¿No ves cómo lo estás tratando? —Se dio vuelta y miró a la morralla—: ¡Todos y todas ustedes son testigos y testigas de la brutalidad policial!

—¡Esa, Sole! —gritó Felicidad con los ojos en blanco y alzando los brazos al cielo, a lo cual tintinearón sus campanitas de bronce, y la mezcla de patchouli y sudor que emanaba de sus sobacos se esparció en el aire.

—Señoritas, no intervengan... por favor —les dijo a Felicidad y a Soledad el agente, jadeando porque no dejaba de forcejear con la pobre víctima del neoliberalismo, la derecha clerical y el capitalismo salvaje—. Esto es un asunto policial. Y usted, señor, el del... El del teléfono que me filma, sí. ¿Me llama al 911, que tengo el handy sin batería?

—Ni en pedo—contestó el aludido, un gordo barbudo y de campera sindicalista—. Soltalo al chico y hablamos. Haya hecho lo que haya hecho, no está sujeto al régimen penal común.

Todo el mundo aplaudió las abogadiles y comprometidas palabras.

—¡Esa, Barba! —dijo la víctima, que no paraba de intentar zafarse del apriete de la fuerza pública—. Dale maza al rati, que yo no hice nada no hice.

El policía puso cara de evaluar la situación. Bajo la expectación de aquellos revoltosos, miró alternativamente a Soledad, a Felicidad y al gordo de barba, quien ahora ostentaba más dimensiones de abogado que de sindicalista. Y también miró al grata. Y entonces se le prendió la lamparita, y optó por proponerle a la multitud, con voz tonante:

—Hagamos una cosa: ¿quién de ustedes me da una mano cuidando al chico? En su casa, digo. ¿Alguien se lo quiere llevar para su departamento? Es solamente hasta que lo ubiquemos en algún centro de readapta...

—... ¡soltame, puto! —dijo el pibe, y medio consiguió zafarse del apriete.

—En serio lo digo —insistió el policía, que reacomodó en el codo del grata su tremenda manota—. ¿Qué vecino hay entre ustedes que me lo quiera cuidar un rato, aunque no se lo pueda llevar a la casa? Acá mismo me lo pueden cuidar, mientras yo subo a la vía pública a localizar al móvil. —Y, ante el silencio general, el policía redobló la apuesta—: ¿Quién quiere darle un buen abrazo al menor en situación de calle, eh? ¿Nadie?

Ante ese inesperado giro dialéctico-policial, todos —Feli y Barba fueron los primeros— empezaron a dispersarse, seguramente en pos de otras nobles causas en las que ejercer su compromiso. De cualquier manera, ya se oía el rechinar del subte, que en cualquier momento aparecería por el túnel.

Pero no todos habían empezado a dispersarse: Soledad no se movía de su sitio.

—Yo lo acepto —dijo, con cara de Juana de Arco sometiéndose a la hoguera—. ¿Puede entregármelo ahora?

—Qué hacés, pelotuda —le dijo Felicidad, dándose vuelta—. Con qué te mamaste.

—Afirmativo —le afirmó el policía a Soledad—. Pero antes permítame comunicarme con el Comisario, a los efectos de. ¿Me presta su teléfono, o usted también piensa filmarme con la camarita? —Mentía el poli: redoblaba la apuesta aun más, para ver hasta dónde llegaba la inconsciencia de aquella jipa con pinta de pichicatera, como todas las jipas.

Ensoberdecida por el tronar del subte, que ya entraba en la estación, Felicidad iba a preguntarle a la otra pedazo de pelotuda “¿Qué estás haciendo, pedazo de pelotuda?”, cuando el chico logró por fin zafarse de la garra del policía, y de vaya a saber dónde sacó un cuchillo, y de revés abrió un tremendo tajo rojo en la garganta de Soledad, que no tuvo ni tiempo de darse cuenta: en menos de un segundo, el chico la lanzó de un empujón a las vías. Y las miles de toneladas del tren subterráneo terminaron con tanto progresismo. De Soledad solamente quedaron en el andén las dos chancletas, unas “akala” confeccionadas con neumáticos usados, que se había traído de Nairobi por sólo cinco dólares y bajo el auspicio de Greenpeace.

La historia tiene un segundo final inesperado.



Felicidad está en su loft de Palermo Soho, y ya es de noche. Es más: la ilumina la superluna. Pero Feli no puede pedirle que la haga vibrar con su energía y su luz: todavía arden en sus oídos los atroces gritos, las ruedas triturantes. Recuerda cómo se escabulló del andén, corriendo escaleras arriba y pensando que a la boluda de Soledad la juntaran con cucharita o como mejor pudieran o quisieran, pero que ella ni por joda se quedaría a responder preguntas de la Policía, y mucho menos se quedaría a reconocer un cadáver seguramente irreconocible.

Cena una naranjita con polvo de algas, unas semillas de quinua y una feta de queso con arrope de chañar. Prende el televisor, hace zapping. Y encuentra un canal de animales.

Después de un paneo sobre un grupo de chimpancés alborotados, en la pantalla se muestra a una rubia tetona de sombrero de mimbre y camisa safari, que llora desconsolada. Y pronto Felicidad comprende el motivo: la rubia, una etóloga noruega, acaba de descubrir que los chimpancés van en patrulla.

Y otra cosa más acaba de descubrir.

—Las destrozaron —dice, sin dejar de llorar las lágrimas más indignadas y sinceras de su científica y políticamente correcta existencia—. Las destrozaron por gusto. La acecharon y le dieron caza a una chimpancé de otra tribu, que exploraba en busca de alimentos, y a dentelladas y a golpes las mataron a ella y a la cría, y por el puro placer de matar. No fue por hambre ni por el territorio. —Se restriega los ojos, se sorbe los escandinavos mocos, y su mirada se endurece—. Este descubrimiento —sigue diciendo, ya más firme— modifica radicalmente nuestras creencias y conclusiones acerca del presunto pacifismo de estas crueles bestias.

—Un nuevo femicidio —dice Felicidad, hablando sola.

Apaga el televisor y se va a dormir, no sin antes pasar por el espejo del baño a echarle una mirada a su propia imagen. Como cuando era chica y la alzó la abuela.

## LA BOLSA DE ARPILLERA

—¡El hombre de la bolsa está allá adentro, papi Benjiii! —Agitada, Emilce señaló la puerta de su cuarto, más allá del corredor. Y se quedó parada en el umbral del living, frente a la mesa de los cuatro adultos que ahora, cortados por su chillido, dirigían hacia ella interrogativas miradas. Llevaba sólo la parte de arriba del pijama de plush, puesta al revés, y apretaba entre las garritas un bebé Mickey de peluche como si quisiera despanzurrarlo. En realidad, más que agitada estaba excitada. Muy excitada y muy sonriente. Y también los cuatro la notaron bastante asustada, digamos. Qué bipolaridad manifiesta, qué pendejita ciclotímica. Poco faltaba para que se meara encima de tanto goce pulsional.

Desde su silla, Benjamín se pasó la servilleta por los labios, puteando para sus adentros. ¿Por qué carajo Claudia no había contratado a la niñera, como habían quedado? Aquella enana de mierda acababa de interrumpirle la sobremesa que él y la madre de la enana en cuestión mantenían con una pareja de lacanianos amigos: los Kagenberg les venían desarrollando la jugosa propuesta de crear entre los cuatro la Fundación BISNIETOS, con la oficial y explícita finalidad de “sanar la memoria desde la escucha”, y con la subalterna y no menos explícita finalidad de “cagar al fisco desde la evasión”.

—Bueno, Emi —dijo Benjamín en tono profesional, viendo que la puerta del cuarto de la enana estaba entreabierta—: andá a tu cuarto y tráelo para acá al Hombre de la Bolsa. Con lo tarde que es, debe de tener un hambre bárbara. Vamos a convidarle unos trocitos de budín. Pero nada de champán, eh, que está recaro.

—Sí, pero el champán lo trajeron ellos —dijo la pelotuda de Claudia apuntando con el índice a los Kagenberg, quienes pusieron sus mejores sonrisas de compromiso.

Como fuese, a Emilce la idea del padrastro le encantó: salió disparada para su cuarto. Y, cuando abrió del todo la puerta, Benjamín notó que del cuarto de la enana no venía ninguna luz.

Mejor, se dijo. Así le pierde el miedo a la oscuridad, y no me hace levantar a cualquier hora con esas pesadillas de mierda. Qué pendeja complicada.

Claudia frunció la nariz: empezó a notar un olor no precisamente agradable. Se acordó de la vez en que había abierto una lata de mejillones, y los bichos estaban bien podridos. Se levantó para ir a ver si Emilce se había... Pero terminó por derrumbarse de nuevo en su silla, bastante abombada por el alcohol.

—Parece que no sólo a la gente boluda le queda el inventar —censuró Mauricio Kagenberg, muy serio, y se puso a cargar su pipa—. ¿Qué es eso del Hombre de la Bolsa, Benjamín?

—Son cosas de la abuela —explicó él, siguiendo con su propia pipa la dirección que había tomado Emilce—. La madre de esta —giró la cabeza hacia Claudia— le hace fumar a la nieta

cualquier fantasía. Lo mejor, en estos casos, es hacérselas vivir.

—¿Hacérselas vivir? —preguntó Claudia—. ¿Qué dicen...?

—Obvio —dijo Susana Kagenberg dejándola de garpe—. Que el niño y la niña corporificacionen lo imposible, el misterio, lo lúdico. Y los adultos también.

—Tal cual —dijo Benjamín, preguntándose en un flash si entre él y Susana no había onda—. Acuérdense de cuando Pichon se tiró al suelo abrazado al paranoico que veía una locomotora venírseles encima.

Emilce volvió. En lugar de su Mickey de peluche traía de la mano al Hombre de la Bolsa. El espejo que colgaba de la pared se estrelló contra el piso, y una esquirla rozó el tobillo de Kagenberg. El mal olor de mariscos pasados se hizo insoportable, repulsivo. Benjamín retrocedió con silla y todo, y Kagenberg alcanzó a levantarse cubriéndose la nariz con una servilleta.

El Hombre de la Bolsa llevaba un aludo sombrero negro lleno de agujeros y una capa gris, como de oficial confederado, cubierta de lamparones. Era demasiado bajo, casi un duende. También era muy sucio, y también era infinitamente inmundo y viejo. Dejó en el suelo su bolsa de arpillera, que se movía con leves temblores —*Chicos*, adivinó el paralizado padrastro de Emilce —, extrajo de entre sus harapos un pistolón de chispa y apuntó a las dos parejas.

—Sabed que no es de mi apetencia el budín inglés, señor mío —dijo con una castiza y hedionda voz de serrucho—. Jamás Vuestra Merced me verá nutrir con otra cosa que no sea carne, y carne fresca. Además —agregó, cortés—, hoy sólo me he acercado al universo mundo con el único propósito de llevarme a mi morada a la deliciosa Emilce.

Entre los alaridos de las damas y la inoperancia de los caballeros, abrió su mugrienta bolsa y metió a Emilce junto con los demás niños y niñas que esa noche constituirían su cena. Y desapareció.

## LA VÍCTIMA

—Y entonces el tipo sacó un billete de veinte —dice Ezequiel, medio llorando—. Me dijo que me daba la plata si me iba con él al vestuario de Paleta.

Sentados en el banco junto a la cancha de tenis, el padre de Ezequiel y sus tres amigos han estado bajándose sus gaseosas diet antes de arrancar con el segundo partido de la mañana. Pero ahora, desde que Ezequiel empezó a contarles, veinticinco segundos atrás, ninguno se acuerda de que sostiene una botella en la mano. Ninguno se acuerda de la sed, porque es otra la sed que les va creciendo.

—Te llegó a... a tocar —dice el padre, la ira temblándole en la voz.

Ezequiel niega con la cabeza, baja la vista:

—Tiene un saco gris. Debe de estar por el lado de la pile de los chicos, en los jueguitos.

Ezequiel ve cómo el puño del padre se pone blanco de tan fuerte que agarra la raqueta. El padre de Ezequiel es inmenso, una cadena montañosa de remera, shorts y zapatillas. Los tres amigos lo imitan: se levantan del banco. Los cuatro rodean a Ezequiel, empuñan sus Dunlops de madera. Ezequiel los mira a todos a la cara, sorbiendo mocos.

—Agárrenme que lo mato —dice el padre. Y sale corriendo, y los tres amigos lo siguen.

Dejan el sector de tenis y la cancha de básquet, y enseguida encuentran al tipo —un tipo flaco, de saquito, con cara de imbécil—, que efectivamente está en los juegos, desiertos a esa hora, escabulléndose entre el subibaja y el tobogán grande.

Lo empujan, lo tumban, lo putean, lo escupen. Cuestión de prioridades, el honor del raquetazo inicial, de canto a la jeta, es concedido al padre de Ezequiel. Los demás optan también por patadones en la boca del estómago y en la cabeza. Dale y dale nomás, sin asco y alternándose, son cuatro artistas de la sangre y del garrote. Las raquetas suben y bajan, se descargan sobre el lomo y la cara del pobre infeliz. Lo hicieron de trapo.

Como a la media hora llegó una ambulancia de la Policía: parafraseando a Borges, todo se arregla en Buenos Aires; siempre alguien es amigo de alguien.

Semanas después, el tipo volvió.

Y no volvió una vez solamente. Ezequiel solía verlo cuando se aparecía, agazapado en el arenero del tobogán, mirando cómo él se deslizaba hasta el piso, o cuando el tipo esperaba en la vereda de enfrente, en la parada del colectivo. Una noche lo vio en el andén del subte de la Facultad, mientras se cerraba la puerta. Otra vez lo vislumbró borrosamente en el espejo, detrás de él, mientras se afeitaba.

Casi siempre tenía la cara abierta y muy roja, de carne cruda, con su nariz hendida y colgante y su frente quebrada al medio como por un hachazo.

A veces sonreía. A veces aparecía entero, como antes de que el padre de Ezequiel y los amigos lo agarraran.

El tipo volvía, volvía siempre.

Ni siquiera de adulto Ezequiel contó la verdad. No se la contó a nadie.

Al billete de veinte, ya fuera de circulación, lo conserva entre las páginas de su ejemplar de *Confesiones de una máscara*.

## AL ACECHO

Al final del día, después de llevar la pila de libros contables que estos turros me tiran por la cabeza, la verdad es que acá no me queda mucho para hacer. No me queda *nada* para hacer, ciertamente, así que abro el cuaderno y me pongo a redactar el último capítulo de mis putas memorias.

Eran como las ocho y pico cuando esa mañana volvía de bailar, cagado de hambre y de sueño y puteando por no haberme transado a nadie. En la cuadra de casa no había un alma, salvo por el forro de enfrente: el doctor Peláez. Lavaba el Audi con la manguera, el pelotudo. Lo lavaba todos los domingos mientras oía a los gorriones y a las cotorras de la esquina. Siempre hacía las mismas cosas. Después de lavar el auto, se clavaba unos mates mientras veía el noticiero, se ponía a preparar la montañita de maderas y carbón del asado, y se pegaba una ducha para ir a la misa de las 11:00.

Lo tenía bien estudiado a Peláez, que se había mudado hacía un mes y semanas. A veces no sé por qué hago las cosas que hago. Será porque espiar me calienta. A ellos los espiaba desde mi ventana, o desde la terraza. A él y a la potra de la jermu. Incluso en la iglesia los espiaba, qué pelotudo: dormía un par de horas para sacarme de la cabeza los fernés, y a las once y cuarto me hacía el que iba a misa y me sentaba atrás de los dos, en diagonal para no perderme de marcarla medio de costado a la mina, con ese par de tetas que me venían dando vueltas desde que la vi en malla, a través de los matorrales que separan el fondo de mi casa de la pile de ellos. Y en la iglesia nadie se daba cuenta. ¿Vieron que los albinos tenemos pinta de buenazos, con los ojos siempre entrecerrados? Aparte, desde que llegó el cura nuevo, están todos pelotudos con el chabón, que es muy chistoso y le chupa las medias al Papa cada tres minutos.

Peléez no era doctor ni nada. Qué va a ser. Es que para mí tenía pinta de doctor, con la corbatita y los anteojitos y esa valijita de cuero. Por lo que oí —yo usaba un micrófono-espía de largo alcance, que venía pagando en cuotas con unos pesos encontrados en la mesa de luz de mamá —, trabajaba de contador en la empresa del padre de la mina, un croto que se llenó de guita derritiendo cachos de grasa rejuntados de las carnicerías. Todos los putos días de la semana, Peláez salía a la misma hora a marcar tarjeta en la empresa del grasero. La mina se quedaba en casa, y yo siempre al palo y pensando en que un día me la transaba mal. Hay que reconocer que estaba muy fuerte la hija de puta. Aunque coger, lo que es coger, no los oí nunca. La rubia debe de andar necesitando, pensaba yo siempre, meta paja. Como mamá debía de andar necesitando, cuando el hijo de puta de mi viejo se largó a la mierda sin aviso.

Volviendo a aquella mañana, los chorros de la manguera pegaban en el Audi, y el gil de Peláez pasaba el trapito dale que dale. Desde donde yo venía pude ver un arco iris que se formaba por el



sol y el agua. Sonreía, el pelotudo. Un tipo feliz, como en las propagandas de tipos felices que salen por la tele. Felicidad fingida. Si notó el rayón que le hice una noche, justo abajo del baúl, ni me enteré. Se veía que a Peláez le gustaba lavarlo. Una vez por poco no le pinché una goma con la navaja: creyéndome solo y ya agachándome, el ruido de las llaves me alertó. Y me hice el boludo, como que pasaba por ahí. Esa vez salió Peláez al porche, tiró un beso para adentro de la casa y después se subió al coche y puso primera.

Yo pensaba que él tenía mucha guita: siempre pensaba —como pienso— en los números. Porque, aunque mi historia trate de contradecirme, no soy ningún idiota: en el cole me rezarpaba con los números. Es raro, pero manejar números en el cole me gustaba tanto como la paja. Sacar cálculos me gusta más que la paja y todo. Y se me daba por soñar que, cuando terminara la secundaria —a esa altura de los hechos ya vivía sin mamá, y podía traerme a alguien a vivir conmigo—, le iba a pedir a Peláez que me contratara de auxiliar de contaduría, y de ese modo haría números y lo tendría más cerca para espiarlo: sabía que algo raro escondía, pero no tenía ni idea de qué podía ser.

Peléez y la mujer vivían en la mejor casa del barrio. Con jardín atrás y con pileta y con quincho. No sé por qué me imaginaba yo que guardaba fierros, si tenía pinta de no saber ni disparar una honda. Peláez hijo de puta: a medida que yo me acercaba tambaleándome del pedo en la vereda, con los ojos ardidios por el sol de la mañana, me parecía estar oyéndole el pensamiento: *Albino de mierda albino pajero mirá la mina que tengo y el Audi y la casa mirá.*

*Y vos miralo a este turro cómo vive, la concha de su madre.*

Ahí estaba de nuevo: la voz que me viene a veces, vaya a saber por qué y de dónde, como el duendecillo que le dice a Rafa Gorgory que queme cosas. Ahora supongo que mamá tenía razón. Antes de que la hiciera cagar mal con la punta de la barreta sacaclavos, bien en la nuca, ella me decía siempre: “Vos tenés que hacerte ver, Yoni. No solamente es rara tu piel y el pelo blanco. Vos sos raro”. Un día me cansó.

Pero ya Peláez se metía en su humilde rancho de doscientos veinte mil dólares, que yo lo tenía tasado y todo, gracias a mis astutas búsquedas por Internet. Me lanzó una mirada rápida antes de pegar el portazo y cerrar con dos vueltas de llave.

Entré en casa, esquivando los trastos desparramados por todas partes —hacía falta una mujer que mantuviera el orden—. Crucé el comedor hasta la cocina y abrí la heladera, y me eché en la garganta una botella de medio litro de agua fresca.

Antes de irme a la cama, cumplí como todos los días con el rito de darme una vuelta por el garage. Abrí el freezer grande, que ocupaba la pared junto a las herramientas, y le eché un vistazo. Mamá seguía igual de fría, igual de tiesa y con la boca entreabierto, como si todavía le doliese el barretazo de punta. Y entonces, antes de que pudiera cerrar la tapa del freezer, la rubia y Peláez entraron en el garage, y a punta de pistola me ordenaron a los gritos que me tirara de panza al piso con las manos en la nuca. Les quedaban recopados los uniformes de combate de la cana.

## EL JUSTICIERO DE PALERMO SOHO

Como cualquier taxista, soy de fijarme en la pinta del pasajero. A pesar de que debí subirme al taxi hace apenas un año y pico, después de largar Sociales, los conozco hasta por la manera de ubicarse en la vereda y todo. Hasta por cómo sacan la mano para pararte, los conozco. Sé de la alienación en las grandes urbes. Pero nunca me imaginé lo que me esperaba ese domingo de neblina, a las ocho y pico de la mañana, llevando de Palermo Soho a Núñez a ese facho de mierda. Y mucho menos imaginé lo que me pasaría más tarde, al volver a casa.

—Muy buenos días —me dijo el tipo no bien entró en el tacho, y eso me llamó la atención: hoy ya nadie saluda, y menos diciendo “Muy buenos días”. Más que llamarme la atención, ese saludo insólito me puso sobre aviso: los únicos que te saludan con tanta gentileza son los chorros. Pero, visto por el retrovisor —leí BERSA, al revés, en la frente de la gorra; la visera prácticamente le cubría los ojos—, ese pelirrojo cincuentón de barba perita entrecana no tenía pinta de delincuente ni mucho menos. Por eso lo levanté, maldita sea, aun cuando me puso en alerta verle de lejos la gorra: a una cuadra, lo había tomado por un viserita.

—Llévame, por favor... —dudó el tipo después que le correspondí el saludo, y se acomodó al lado la mochila verde oliva, bien de combate, y cerró la puerta y le puso la traba—. ¿Podrías bajar un poco la radio, vos que tenés cara de inteligente? Llévame al Tiro Federal.

Tiro Federal, me dije. Y me pregunté si el tipo estaría calzado o tendría el arma —o *las* armas — adentro de la mochila. Por la pinta de milico retirado, seguramente la portaba en algún bolsillo del camperón negro. Lo miré de nuevo por el retrovisor, y sin contestarle bajé la radio apenas: no pensaba perderme *Suburban Nature*, de Sarah Jaffe.

Él no acusó recibo. Con una sonrisa me preguntó si podía indicarme “la ruta”.

—Dispare nomás —le dije, y el semáforo de Borges y Paraguay se puso en verde y arranqué.

—Dispare nomás —dijo moviendo la cabeza—, qué buen sentido del humor. —Hablaba siempre con esa sonrisa—. Disparo entonces: no bien puedas, tomás Santa Fe, entrás en la Luis María Campos, doblás en Olleros, y ahí derecho a Libertador. Agarrás el túnel, y en tres minutos estamos en el Tiro.

—Se va a mandar unos tiritos —dije, tratando de sonar natural, y ni siquiera sé por qué se lo dije, si a mí las armas me ponen muy nervioso. Por qué no habré seguido de largo, la puta que me parió.

—Más que mandarme unos tiritos, hoy tengo torneo. Por eso te canté el camino, para llegar lo antes posible. —Al decir esto, estiró la mano entre los dos asientos de adelante y quiso mostrarme una ruta marcada en el GPS. De reojo vi todo. Y el tipo andaba con un iPhone.

Tomé por Charcas, y cuando estaba por llegar a Godoy Cruz vi a veinte metros a dos chabones

bardeando a una mina con pinta de dominicana. Medio que la estaban empujando. El tipo también los vio, porque se pegó a la ventanilla. Eran dos de esos pendejos que a esa hora salen dados vuelta de los boliches. Desde adentro del coche se les olía la baranda a marihuana y vómito de alcohol. La pobre negra se veía aterrorizada. Ya casi los dejábamos atrás, cuando el tipo dijo:

—Frená acá. Arrimate al cordón y frená acá. Y me apagás la puta radio.

—Ni en pedo —le dije alzándome de hombros—. Están pasados de droga esos tipos.

—Vos parás acá, flaco —lo dijo con un tono de mando tan terminante que no pude más que aminorar la velocidad, hasta parar el coche del todo. Y apagué la radio. Por el espejo de la derecha vi que los dos tipos nos miraban como a quienes vienen a arruinarles la fiesta —en la calle no había ni los perros—. Y la negra se nos vino trotando, con los dos perseguidores atrás, y con los tacones altos dificultándole la carrera—. Ahora retrocedé —siguió ordenándome el tipo, y fue abriendo la puerta a medida que yo iba reculando. Cuando llegé a nosotros, la dominicana se tiró adentro del taxi, el tipo poniéndose de costado para dejarla pasar. Y estaba él por cerrar la puerta cuando uno de los dos pibes, el más adelantado, se lo impidió con un manotazo de borracho.

—Qué te pasa, viejo puto —dijo el pibe, y sacó una navaja que se abrió con un clic.

—Esto me pasa —dijo el tipo, y en medio segundo apuntó al pendejo con el arma más enorme que yo había visto en toda mi vida. Si la sacó del camperón o de la mochila de combate, no puedo asegurarlo. Lo que sí puedo asegurar (vi todo por la puerta, que quedó abierta) es que al pibe se le puso a temblar la mano del cuchillo, y el cuchillo cayó a la vereda. Sin dejar de apuntarlo, el tipo se bajó del taxi, levantó la navaja, la puso en ángulo contra el cordón de la vereda, y con el taco del borrego le partió la hoja. El pibe no quería más: pegó media vuelta y se puso a correr atrás del compañero, que ya había llegado a la otra esquina. Yo metí la primera y doblé hacia Santa Fe.

La dominicana —una hembra de la gran puta, puro culo y tetas desbordándole la ropa—, no sabía cómo agradecerle a aquel justiciero. El tipo le explicó lo mismo que me había dicho a mí, aunque explayándose un poco: tenía un torneo de Tiro Práctico de Pistola, y ahora estaba con los minutos contados. Y la convenció de que lo acompañase, le dijo que él la hacía entrar en el club como invitada.

—Para que tomes un poco de aire, piba. Después te llevo a tu departamento. ¿Vivís sola?

Demasiado rápido agarró viaje la negra, y ahí me cerró lo que yo venía pensando desde que terminó todo: la negra era una prostituta, de esas dominicanas que se pueden alquilar por Plaza Once. El tipo se había jugado por una puta.

Pero no había terminado todo. Pensando en eso estaba, cuando me di cuenta de que no tomé por Olleros. Chau túnel, chau llegar a tiempo al Tiro. Porque había pasado de largo incluso Lacroze, y no me quedaba otra que agarrar La Pampa. La barrera de La Pampa.

—Cierto que me dijo Olleros —dije, a modo de disculpa.

Y entonces el tipo dijo, con el más serio y amenazante de los tonos:

—Rogá que no esté la barrera baja, flaco.

La negra lo miró admirativa. Y me da vergüenza recordarlo: imaginar lo que podría pasarme me hizo soltar un chorro de orín; siempre había visto eso en las películas, jamás lo había vivido.

Pero la barrera no estaba baja, gracias al destino o a quien fuese.

Llegamos al Tiro. El tipo me pagó con una buena propina.

—Vamos a hacer una cosa —dijo antes de bajarse, y la negra lo escuchaba muy atentamente, y yo más todavía—. ¿Ves esto que tenés acá? —Alargó el brazo y sacó del tablero un volante que yo había prendido la semana pasada en el broche de ventosa. Era la foto de una mujer con los ojos en compota y la nariz quebrada, y la imagen iba cruzada por la frase #NI UNA MENOS—. Tomá, cagón —dijo entregándomelo—. Vos mismo, delante de nosotros dos, vas a partir este papelito en mil pedazos y te lo metés bien en el bolsillo hasta que encuentres un tacho de basura. Y apurate, que todavía estoy en hora para tirar el torneo. Es eso, o te lo hago comer.

Meado mal, y después de haber obedecido una vez más a aquel hijo de puta, no tuve otra que mandarme a casa.

Martha se sorprendió al verme volver a esa hora: yo le había dicho que tenía pensado laburar hasta la noche.

—¿Qué te pasó en el pantalón, Ernesto? —fue lo primero que me dijo, con tono de preocupación—. No me digas que otra vez te volcaste el café encima.

Y en lugar de contestarle le encajé un bife que le dio vuelta la cara. Es difícil sacarse de encima el olor a facho.

# TIEMPOS DIFÍCILES

Quien sostenga que los actuales programas educativos son absolutamente ineficaces se equivoca fiero, y la historia que estoy por contarles demostrará la medida de ese imprudente error de geopolítica. A despecho de los descreídos, mi relato cuenta con el aliciente de ser verídico en un 92,7 %; absténganse mis ocasionales lectores, por lo tanto, de tildarme de conspiranoico: todo lo que narraré enseguida *sucedio*, y seguirá sucediendo.

Cambiando algún que otro nombre y alguna que otra circunstancia, aquí les dejo, pues, otra vera historia. Gracias a ella podrán comprender, acaso definitivamente, los alcances de los hasta ahora exitosos planes que el Nuevo Orden Mundial y el Poder Internacional del Dinero aplican en los distintos estados nacionales para liquidarlos por siempre jamás. Asimismo descubrirán por qué nuestros jóvenes no tienen la menor idea de quiénes fueron, pongamos por caso, Louis Armstrong, Lance Armstrong, Neil Armstrong, el Petiso Orejudo, la Gorda Matosas, el Flaco Calígula, Ante Garmaz, Ante Marković, Ante Pavelić, D. H. Lawrence, Lawrence Durrell o Lawrence de Arabia, y por qué también son ajenos al paradero del cerebro de Kennedy, a la preparación de un buen asado a las brasas o al diseño de la letra *o* con un vaso, un lápiz y un papel.

Hace décadas, yo fungía como hombre orquesta en una petrolera multinacional de primera línea. Autoapodándome en secreto “Figaro, il factotum della città”, hacía de todo: desde liderar el equipo de Comunicaciones y controlar el buen funcionamiento de fotocopadoras, teletipos y faxes, hasta comprar la más práctica cafetera que pudiera encontrarse en el Microcentro. Más de una vez debí reubicar a las distintas tropas de esclavos en indiscretas workstations, o almorzar con algún jerarca del Correo Central o contratar al mejor técnico en aire acondicionado. Así como el generalísimo Francisco Franco Bahamonde, con sus treinta años, era en su tiempo el General más joven de toda Europa, en ese entonces Marcelo Eugenio di Marco era el supervisor más joven de toda la compañía. De manera que, en mi cargo de *Office Services Supervisor*, todo el día me lo pasaba generaleando órdenes por teléfono, con las patas sobre el escritorio y desde el piso 21 del edificio “Conurbán”, amparado por la intimidad de una oficina para mí solo y con vista al Yacht de Dársena Norte. Dicho de paso, lo de las patas sobre el escritorio —a lo ejecutivo de película— no es ninguna metáfora: el 17 de marzo de 1992, bien podría haber sido yo mismo la víctima número veintitrés cuando la embajada de Israel voló por los aires, porque la onda expansiva por poco no me tira de nuca al piso, debido a mi oblicua inestabilidad podoempresarial; pero esa es otra historia, y sucedió varios años después de la que empieza en el siguiente párrafo.

Un buen día recibí en mi despacho a un visitante tan inesperado como memorable. Hablo del ingeniero Kundera. El ingeniero Kundera —no recuerdo su nombre de pila— se presentó en

Recepción como Asistente de Comunicaciones de una de las más prestigiosas empresas de telefonía de aquel entonces, y también de ahora. Mientras me acercaba a él —no podía ser otro: aparte de la recepcionista, no había otra persona en el hall—, le iba sacando la ficha a través de los paneles vidriados que nos separaban. Lejos de estar parado frente al conmutador, el tal Kundera me esperaba ocupando uno de los mullidos sillones: raro que no estuviera al menos echándole un vistazo a nuestra centralita; acaso ya lo había hecho. Era un señor mayor, y no se parecía en nada a Milan Kundera —cuando la recepcionista me lo había anunciado, quise sospecharle algún lejano parentesco con el autor de *La insoportable levedad del ser*—. Se levantó al verme, y ahí vi que se trataba de un hombre más bien bajo y bastante entrado en carnes. Orejón, anteojudo, medio pelado y con un bigote blanco de guías rectas que le llegaban exactamente hasta las comisuras de los labios, tenía más pinta de maestro de pueblo que de ingeniero en telecomunicaciones. Nos dimos la mano —la de él dejó en la mía un rastro seboso de vaya a saber qué ingenieril sustancia—, y enseguida se excusó por el hecho de no haber solicitado la cita. Puro sonrisas y graciosos mohínes, aseguró haberme conocido en un cóctel del Club Americano.

—Y ahí supe, señor Di Marco, que una visita sorpresa no le incomodaría. ¿Se acuerda, no?

—Puede ser —dije, y me vi a mí mismo entornando los ojos, como me pasa cuando las cosas no terminan de cerrarme y sospecho algún quilombo inminente: yo había pisado el Club Americano una vez sola, hacía una eternidad, y no para un cóctel sino para una cena de Fin de Año de la empresa. Debía cuidarme: acaso el tal Kundera era un agente encubierto, embarcado en alguna misión de espionaje industrial. Nada que ver: al estudiarlo mejor, vi en esos ojos celestes la inconfundible mirada de un tipo inofensivo. Acaso tantas décadas de empresa habían terminado por desacomodarle algún patito en la hilera, y confundía los lugares.

Lo invité a pasar a mi despacho, y mandé que nos trajeran un par de cafés. Cumplidos los formalismos de rigor, le pedí que fuéramos al grano.

—Ay con la impaciencia juvenil... —dijo, como un abuelo tierno que reconviene a su nieto, y supe que tenía para rato con el ingeniero Kundera—. Antes me gustaría conocer un poco la empresa.

—¿Para ofrecernos...? —arriesgué, poniéndome de codos sobre mi escritorio.

Alzó la mano, como quien trata de contener a algún impetuoso, y dijo:

—Mire qué linda vista tiene, Di Marco, mire qué río que tiene. Hoy está tan despejado que hasta se ve la costa uruguaya. —Se levantó de la silla, y con las manos entrelazadas por detrás fue hasta la ventana que daba al Yacht—. La última vez que fuimos con mi mujer a Colonia, ella todavía no se había enfermado. Fuimos con el hijo, ¿sabe?

—¿El hijo de ella?

—No, no, no. —Se dio vuelta, me miró frunciendo el ceño—. *Nuestro* hijo. Nuestro pibe. Yo a Ricardo lo llamo así, “el hijo”. Es mi único hijo, ¿vivo, señor Di Marco? A los cincuenta y dos lo tuve. Hoy Ricky tiene veintiún años, mire. —Se mordió el labio, movió la cabeza como quien ha sufrido el paso del tiempo.

Yo estaba acostumbrado a aquel untuoso meloneo, y el ingeniero Kundera no era ninguna excepción. En los ochenta, las cosas eran así: uno empezaba escuchando del gerente o del promotor plantado escritorio de por medio historias de filatelia o de caza con arco o de su entorno familiar, y terminaba pactando el comodato de un par de radios de Alta Frecuencia o la renovación de los dispositivos buscaperonas, que por aquellos años anticipaban los celulares de

hoy.

—¿A usted le agrada la buena mesa, señor Di Marco?

Me palpé los michelines, asintiendo.

—La próxima vez que vengamos —dijo, sonriente y comprensivo—, le traigo la especialidad de los Kundera: un paté con hierbas cuya receta se remonta a nuestros antepasados transilvanos.

La draculiana referencia no logró distraerme de ese plural que el ingeniero acababa de usar en la frase “La próxima vez que vengamos”. ¿Que vengamos quiénes? ¿Él y quién más? Recordé una curiosidad gramatical que me enseñó mi mujer: a veces el uso del plural se aplica a una sola persona; se trata del plural de modestia. Llámese como se llamare tal uso infrecuente, lo cierto es que Marcelo di Marco ya estábamos estufados con el chichoneo kunderiano.

—Le voy a pedir, ingenier... —empecé a decir, y no pude continuar la frase, porque el ingeniero Kundera siguió en la suya.

—Ricardito es lo que se llama un hijo de la vejez —confesó, y noté por su expresión que se le venían encima una pila de años—. A veces me preocupa.

—¿Por...? —Agucé el oído, súbitamente interesado en los Kundera, aunque en ese momento no sospechaba que algún día escribiría un cuento con la historia que estaba despuntando, más y más, de los labios de aquel ser solitario.

—Y, usted sabe. Yo estoy para jubilarme. Ya debería haberme jubilado. Mi esposa no está más con nosotros, pobre Rita. Y Richi... Bueno, a mí me gustaría irme con la seguridad de que el hijo quede en buena posición. Con un trabajo, ¿sabe? —Al decir esto, sacó un pañuelo y se lo pasó por los ojos.

Yo en esa época era más sensible que ahora, de manera que no tuve estómago para volver a insistirle con que revelara de una vez el motivo de su visita; es más: ya era tiempo de cambiar nuestro sistema telefónico, así que la providencial presencia de un ingeniero perteneciente a *la* empresa en el rubro telefonía no me venía para nada mal. Pero no podía engañarme a mí mismo: yo ya había descubierto el auténtico motivo de la visita. Por eso dije, casi sin pensar en la que me estaba metiendo:

—¿Quiere que su muchacho tenga una entrevista conmigo, ingeniero Kundera? ¿Quiere que hablemos?

Me miró a los ojos como si yo fuese una especie de eminencia reverendísima, se guardó el pañuelo y asintió moviendo la cabeza. No podía ni hablar, trataba de disimular la emoción el pobre. Aclaro que, por aquel tiempo, Raúl Alfonsín —el Padre de la Democracia, como se lo llamaría años más tarde no bien se murió— estaba hundiendo al país en un océano de inflación sin precedentes en la historia. Todo el mundo perseguía la vana ilusión de atornillarse a algún escritorio, por más miserables que fuesen la remuneración y las condiciones de esclavitud que se pactaran. Viéndolo moquear de agradecimiento a ese hombre grande, me dije: Bajá un cambio y no te hagás el redentor, que charlar un par de pavadas con un pibe sin laburo no te cuesta nada. Eso y más: nuestro gerentito de Relaciones Industriales me debía un par de favores, y a lo mejor había algún lugar para ubicarlo a Kundera Junior. Dije:

—Dele esta tarjeta a su hijo. —Le tendí la tarjeta al ingeniero—. Él me llama, y arreglamos un encuentro en el sector de Comunicaciones. ¿Cuál es la especialidad de Roberto? ¿Anda en las mismas que usted?

—Ricardo —me corrigió Kundera, serio—. El hijo se llama Ricardo. Anda en el tema

educación. Y no es necesario que le entregue ninguna tarjetita.

Aquello me desconcertó bastante.

—Pero... —empecé a decir, cuando el ingeniero Kundera salió súbitamente de mi despacho, gritando de alegría y contento como un chico que está por estrenar un juguete:

—¡En un rato se lo traigo para acá, mil gracias! —Y ya se perdía en el primer ascensor que vio con las puertas abiertas, y yo sospeché que el pibe lo estaría esperando en la vereda y todo.

La situación, maldita sea, ya estaba fuera de mi control. Había caído como un chorlito. Un chorlito paranoide, por cierto: ¿y si el tal ingeniero era en realidad un psicópata, y había bajado a buscar un arma a la guantera del coche? En esa época, a mí se me daba por delirar con cosas semejantes. ¿Y si Ricardito era el nombre con que el supuesto ingeniero había bautizado a su Colt Python .357 Magnum, y ahora volvía, a ponérmelo de supositorio? Por las dudas llamé a uno de los monos de Seguridad, y le pedí que merodeara por el hall y la entrada a mi despacho. Por las dudas.

El ingeniero Kundera volvió a los cinco minutos: lo vi salir del ascensor. Lo seguía un muchacho de saco y corbata, desgachado y caminando como el babeante espástico que en realidad era.

Y entonces comprendí.

Nunca la soledad será tan oscura, me dije, imaginándome lo que sería la vida de aquel enfermo cuando el ingeniero ya no estuviese para limpiarle esos infradotados mocos que le colgaban de la nariz. Una tragedia de nuestra época, de nuestros tiempos tan difíciles.

Pero me equivocaba de medio a medio.

Volví a encontrarme con el hijo de Kundera una punta de años después, lo reconocí enseguida. Yo ya estaba alejado para siempre de la actividad empresarial, y con siete libros publicados me había convertido en un escritor relativamente exitoso: a los pocos meses de su lanzamiento — 1997—, *Taller de corte & corrección* acababa de ocupar un lugar en la lista de bestsellers de *Página/12*, y ya en Sudamericana se estaba planificando el inminente lanzamiento de la segunda edición. Del Ministerio de Educación —así suele llamárselo—, me habían invitado a un cóctel, pero no en el Club Americano sino en el Palacio Pizzurno mismo: yo formaba parte del equipo de escritores convocados por el Plan Lectura para recorrer el país de punta a punta dándoles charlas a los “profes” de Lengua y explicándoles la conveniencia de que de vez en cuando largaran la tele y leyeran algún libro.

En medio de los invitados y los mozos, al verlo a Ricardo Kundera —era inconfundible y estaba idéntico— zumbando su oscilante actitud entre los miembros de la plana mayor del Ministerio, se me puso la piel de gallina: ese hombre seguía con la misma mirada, torcida en un rictus de idiotismo; seguía con la misma babosa lengua, medio asomada entre los exiguos labios; seguía con la columna vertebral plegada en la actitud del idiota, del hijo de la vejez.

En aquel tiempo, en mi despacho, yo nada había podido hacer por ese pobrecito que ni siquiera supo darme la mano sin temblar de pies a cabeza y esquivando mi mirada, con una mueca de catatónico terror. ¿Cómo sentarme con él para charlar de algo, y mucho menos de telecomunicaciones o de algún posible trabajo en la multinacional a la que lo había arrastrado el padre en el colmo de su loca, de su irremediable esperanza?

¿Y qué hacía ahí entonces semejante orate, años después, en el seno del Ministerio?



No tardé en enterarme, y sin anestesia. La directora del Plan Lectura nos lo presentó a todos los escritores con estas palabras tan reveladoras como escalofriantes:

—Con ustedes, el licenciado Ricardo Kundera. Él es el creador de los programas que les estamos bajando a nuestras alumnas y a nuestros alumnos de la secundaria. Un genio, simplemente.

# FÁBULA DE LA CONDESA ROJA Y ABDUL ALHAZRED II

Harta de encontrarse en la pantalla de la Mac, todas las mañanas, con tweets de ositos, mapaches, potrillitos y demás estupideces sin destino que le enviaba su futuro ex, en una de sus tantas noches de insomnio la precoz Martina escupió en el cesto el chicle, se sopló el flequillo, se acomodó el bretel del camisón de vieja que usaba para intentar dormirse y creó una página web a la que llamó *La Medusa Sangrienta*. Diseñó una tipografía al tono —letras chorreantes de rojo—, y esa misma noche inauguró la página subiendo lo que Nahuel más aborrecía: fotografías de osos panzones, viejos espantosos posando desnudos o practicando la pornografía más repugnante que pueda imaginarse. Anunció aquella innovación en sus varias cuentas de Instagram, Facebook y Twitter, y pronto llovieron las protestas del pobre Nahuel. Pero también los clics, los likes, los comentarios de madrugada de gente tan insomne como ellos dos.

Y a Martina no le importó no poder dormirse. Mejor, así podía responder a todos y a cada uno de sus inesperados y flamantes fans. Y ese mismo día, después de un desayuno inspirador, abrió un canal en YouTube, en el que prometió tener sexo “sucio y salvaje” con un viejo de setenta, ante su webcam y en vivo, cuando llegara a los dos millones y medio de suscriptores. Sólo en la primera semana obtuvo ciento veintitrés mil cuatrocientos veinte subs, y el número se incrementaba día a día. Como así también la cantidad de postulantes a meterse en su cama para pegarse un revolcón —ella no lo sabía, pero una enorme cantidad de hombres maduros mentían la edad dándole con una mano al teclado mientras se masturbaban locamente con la otra: la carne fresca tira.

Con el tiempo, Martina amplió la siniestra galería de *La Medusa Sangrienta* subiendo fotografías *post mortem* de la época victoriana, que promocionaba desde su canal mismo: había leído en Wikipedia que el sexo y la muerte no son una pareja muy desavenida que digamos. Después vinieron imágenes de sanguinarios abortos, de cadáveres de suicidas, de caras quemadas o corroídas por el ácido o los gusanos, de víctimas de asesinos seriales, de horrendas ejecuciones, de relucientes sexos abiertos y penes imposibles. En fin: con apenas catorce años y tres meses de vida, Martina se hizo una experta en la selección de las más tragicómicas monstruosidades que el ingenio humano podía pergeñar. Y así, día a día fue marcando tendencia, y entre los usuarios empezó a conocerse como La Condesa Roja.

No tardó en ocupar su lugar en la televisión —en la mesa de Mirtha Legrand, precisamente, y más de una vez—, y hasta Marcelo Tinelli logró contratarla para el *Bailando*, por una suma exorbitante y con la tentadora oferta de inmortalizar su nombre como madrina de cinco geriátricos de los barrios más carenciados de la provincia de Buenos Aires. En el colegio no

había alumno ni profesor ni directivo que no se sacara una selfie con ella —el portero, que ya estaba en edad de jubilarse, se sacó más de una, y debió pagar unos pesos por el privilegio.

Y llegó el día en que, cumplidos los quince años y obtenidos los primeros dos millones de suscriptores, La Condesa Roja les anunció a los padres que se iría a vivir sola a New York: sus ingresos como youtuber eran más que suficientes para habitar un loft en Manhattan. Y los viejos accedieron, contentísimos de tener una hija tan independiente como ella. Incluso un par de asesores del presidente Trump se interesaron por su ascendente fama, como así también numerosos laboratorios: últimamente el consumo de Viagra venía gozando de un inusual, sostenido y comprensible aumento.

Mientras tanto, el triste Nahuel no dejaba de pensar en matarse de una vez con una buena dosis de bicloruro de mercurio, y se pasaba cada noche mordiéndose los nudillos y los cantos de las manos, destrozado por el despecho, por la envidia y por los celos atroces.

Y los dos millones y medio de suscriptores de Martina estaban por concretarse, cuando sobrevino aquello que los libros de historia, años después, bautizarían como El Apocalipsis Digital.

Abdul Alhazred II, uno de los más preclaros comandantes de ISIS, descubrió los cables suboceánicos de fibra óptica por los que viajan —viajaban— los datos entre los distintos continentes: los *vio* en un sueño inspirado por Alá mismo, visión en la que las fibras emergían del mar como monstruos de las profundidades, como pijotones gigantescos. Eran, ni más ni menos, casi la totalidad de los innumerables nodos de estaciones por las que las redes sociales distribuyen la data a millones de computadoras. Abdul en persona comandó un subrepticio grupo de tareas para la voladura de dichos nodos, y el Occidente Cibernético —incluida *La Medusa Sangrienta*— se fue en sangre sin remedio.

Martina volvió a llamarse Martina, puso en venta el loft —en un aviso en los diarios, obviamente, y pegando volantes en las estaciones del metro— y regresó a Buenos Aires. Regresó a su cuarto de insomne, regresó a su ahora inútil MacBook. Y regresó a los padres, quienes debieron rogarles a las autoridades del colegio que la aceptaran de nuevo, aunque no hubo caso.

Todos le dieron la espalda, habiendo comprendido que, en realidad, la odiaban con alma y vida.

Incluso Nahuel le dio la espalda, aunque ella intentó entregársele en las actitudes y las posiciones más lúbricas que un cerebro femenino de dieciséis años podía concebir.

—Andá a buscarte a algún viejo choto que te la ponga —le decía el pibe, a cada súplica—. Yo a vos no te meto ni el dedo gordo del pie.

Décadas más tarde, toda una vida más tarde, cuando la infraestructura de la web pudo recuperarse medianamente, y el mundo volvió a parecerse un poco a lo que había sido, aquella decrepita ruina otrora conocida como La Condesa Roja, y que ahora ocupa una colchoneta en uno de los tantos míseros asilos de ancianos administrados por el Gobierno Mundial —juntamente con Estado Islámico—, vuelve a intentarlo: pasa sus noches de insomnio posteando ositos, mapaches, potrillos y demás estupideces sin destino.

# MARGINALIA

*A Laura Massolo.*

Querido lector: cada uno de los cuentos que acabás de leer protagonizó su propia historia, que revelaré en las siguientes páginas. Me tomo este trabajo adicional, movido por el entusiasmo: simplemente, desde julio a diciembre de 2016 no pude parar de inventar un relato tras otro.

Antes de llegar a tus manos, estas ficciones pasaron por la experta mirada de Cristian Acevedo, Florencia di Marco, Marina di Marco, Pablo Di Marco y Nomi Pendzik. Por sus agudas lecturas y sugerencias, vaya mi agradecimiento.

## El vacío

A mediados de 2016, Tinta Fresca contrató a mi esposa, Nomi, y a mi hija Florencia para preparar el manual *Leer y escribir en 6º*, planteado por la editorial como un innovador libro de texto con ejercitación en la lectura y en la escritura. En uno de los tramos de ese libro, la propuesta consistía en trabajar con cuentos de fantasmas, de procedencia universal. Dado que las amigas de Tinta Fresca se mantuvieron muy estrictas con la temática del material a ser publicado, Nomi me pidió que la ayudara a buscar algún buen cuento de fantasmas que no contuviera esto y lo otro y lo de más allá —si hay algo que aprendí con los años es que el tolerante y pluralista mundo editorial es de todo menos tolerante y pluralista—. Como ningún cuento que yo le proponía a Nomi contaba con la aprobación de la empresa —por esto y lo otro y lo de más allá—, me pregunté: “¿Qué pasa si el cuento lo escribo yo?”. Yo, precisamente, que me había jurado, después de *Victoria entre las sombras* y de dos novelas más, que jamás volvería a escribir dentro de ese incómodo y exigente género que es el relato. Pero la inspiración pudo más que mis prejuicios. Me fui al living, y en secreto me puse a escribir esta historia breve del zombi-fantasma. A los cuarenta minutos la tenía terminada. A Nomi y a Florencia les encantó, la editorial la aprobó y la pagó generosamente, y yo terminé diciéndome “¿Qué lindo que era escribir cuentos?”. Y enseguida me puse a escribir el segundo. Cuando le leí “El vacío” a Ricardo Giorno, especialista en el género, me dijo: “Inventaste un monstruo nuevo”. Y creo que tiene razón.

## La mente humana es capaz de todo

Este cuento se basa en el terror de toda mujer de mi generación: el de verse, ante el espejo —y ser, verdaderamente—, espantosa. El concepto de hermosura viene del latín: *formositas*, forma. Es sabido que la libérrima sociedad contemporánea no tolera distinguir entre *belleza* (interior) y *hermosura* (exterior), y por eso decreta a través de los medios canon tras canon, y margina del paraíso productivo y sexual a las mujeres que no cumplen con los requisitos “objetivos” para convertirse en tipas exitosas. Exteriormente exitosas.

La historia en sí está inspirada en un caso impresionante de magia simpática que me narró un ex alumno mío, el escritor y conocido experto en psicopatías Hugo Marietan. Donde dice “dermatóloga” cambiá por “psiquiatra” y te acercará bastante a la verdad del hecho. La única diferencia es que la historia verídica concluye con un desenlace éticamente satisfactorio; no así la mía, ficcional. Ciertos caníbales devoran crudo el corazón de sus enemigos para que la fuerza de los rivales pase a ellos, y ese hecho que tanto me inquieta habrá influido también en la invención del cuento que acabo de comentar.

## Delivery

Otro cuento inspirado en hechos reales, y que tiene por protagonista a la carne. En el recuerdo de todos está aquel caso extremo sucedido en Alemania, el del homosexual cuarentón que se comió a otro compañero de aventuras —universitario, de profesión ingeniero—, en un rito pactado por los dos, vía Internet. El llamado “Caníbal de Roteburgo” había subido un aviso proponiendo un intercambio muy simple: si vos querés ser devorado por un semejante, contá conmigo porque yo quiero devorarme a un semejante. Al tipo —quien *no* estaba loco, según los peritos— lo agarraron porque, en su entusiasta desmesura, después del asesinato y posterior deglución, siguió buscando víctimas por los foros, y bajo condiciones muy precisas: las cosas no funcionaban si la víctima no daba su consentimiento para ser almorzada. Lo más escalofriante de todo es que los postulantes dispuestos a ser canibalizados se contaban por varios centenares. Cosas que tiene el Primer Mundo, y que la Red de Redes sacó a la luz.

En mi historia, los hechos sucedieron casi exactamente como los narro, hasta que aparece esa línea que dice “Lo que yo no sé es qué hacen después con todo lo que nos sacan”. Eso es técnicamente lo que hace avanzar al relato. Después llegó la ocurrencia de que existe una activa sociedad secreta, iniciática, una red que hasta dispone de un servicio satelital de localización y rastreo de la “mercadería”. El problema con este cuento es que las primeras versiones no llegaban a ser entendidas por todos: me costaba encontrar un registro que se alejara del explícito *gore*, quería que fuese el lector quien descubriera toda la verdad, y por vía de la sutileza; quiero decir que el cuento era tan delicadamente sigiloso que costaba comprenderlo. Hasta que Claudia Cortalezzi me aconsejó sumar la palabra “carne” en la última línea. Ahí, justo en el final-final, termina de caer la ficha.

## Flujo

Cualquier miembro del *fandom* de la ciencia ficción *soft* reconocerá desde la primera línea que este cuentito es un homenaje explícito al gran escritor norteamericano Fredric Brown, aquel genio del relato breve, el humor negro, el final inesperado y la economía del lenguaje. Dicho de paso, Brown ha influido en mí, junto con los minimalmente precisos e hiperbreves cuentos del Giorgio Scerbanenco de *Demasiado tarde*, para la escritura de todo este libro. “Flujo” puede considerarse un *fanfic* basado en el relato “El fin”, de Fredric Brown, que bien podría calificarse como un texto de vanguardia, si no fuera porque la palabra “vanguardia” se asocia inmediatamente a los conceptos de transgresión, de desbarajuste estructural y estilístico, con la consecuente exclusión del aburrido lector. Pueden conocer de mis labios “El fin”, pues, escaneando el siguiente código:



[Ver aquí](#)

## La bruja

La palabra “bruja” suele aplicarse tanto a una adoradora del diablo, experta en las artes ocultas, como a una esposa demasiado astuta o a cualquier mujer malvada. Y tanto en el primero como en el último de estos sentidos el calificativo le cabe perfectamente a la Directora de mi cuento, insigne abanderada del sistema educativo imperante y que a despecho de la realidad histórica lleva su pensamiento políticamente correcto a extremos indeciblemente sobrenaturales. La pareja de padres de mi relato sufre —como muchísimas parejas de la vida real, bien constituidas— la siguiente paradoja: un sistema que se autocalifica como inclusivo, tolerante y pluralista mil por mil destierra del Paraíso Educativo a quienes no se sumen al mamarracho ideológico que el Nuevo Orden Mundial pretende imponer por vía del indigenismo, la Teoría Queer y otras supersticiones concebidas en la llamada Escuela de Frankfurt y paridas en esas usinas coloniales que son Berkeley y Yale. El núcleo de tales instrumentos de dominación ideológica está presente en “La bruja”. Mejor dicho, es el motor que lo echa a andar. Motor inconsciente, diría, porque uno se entera de estos componentes, sobre todo, *después*. No por nada la palabra *story*, en inglés, viene de *storage* —“depósito”—: todo cuento es un depósito de hechos y de saberes

insospechados.

## Propiedades de la magia

El título de este cuento me sirve para delimitar el campo de la historia, guiando la atención del lector hacia el hecho sobrenatural de magia simpática que se revela en el desenlace. La palabra “magia”, involucrada en él, despeja la posibilidad de que alguien piense, al llegar a la última línea: “¡Mirá qué casualidad!”. Si alguien sostiene que lo sucedido es una simple serendipia y no una especie de vudú involuntario —involuntario pero *muy* efectivo—, entonces habré fracasado como el peor de los narradores. De todos modos, confío en que el lector interesado en mis ficciones está tan entrenado como yo en el consumo gozoso de cuentos, novelas, ensayos y películas sobre brujería y magia negra; todo el mundo sabe aquello de la muñeca atravesada por alfileres, pongamos por caso.

En cuanto a lo técnico, el cuento contiene un distractor —“esa cerda loca de Irena, de quien ya no soportaba sus repulsivas prácticas ocultistas”— y un anticlímax —“sufrí la decepción de no toparme con la cabeza de mi pesadilla”—. ¿Qué lector no sospechó que sería Irena quien se mandaría alguna brujería? ¿Qué lector no creyó que al abrirse la tapa del inodoro aparecería la cabeza de una mujer?

Volviendo al título, lo saqué del excelente libro homónimo de Alberto Girri, uno de los primeros poemarios que leí en mi vida. Vaya mi homenaje para este grande de la poesía universal.

## Dios nos libre de los lugares comunes\*

En la atolondrada época en que yo escribía únicamente poesía, supe cuál era mi verdadera vocación. Una vez me imaginé de viejo, llegando a mi lecho de muerte y sin haber escrito los relatos que siempre quise escribir —en aquel momento, ni siquiera soñaba con la escritura de novelas—. La sensación ante ese *GAME OVER* fue espantosa: sentía que, de seguir así, mi bibliografía desbordaría de poemarios, pero mi vida no tendría mucho sentido. Porque me reprochaba, con justicia: “Si a vos te gusta más leer narrativa que poesía, ¿qué hacés sin probarte escribiendo, aunque sea, un puto cuento?”. Quiero aclarar que nadie tiene la obligación de triunfar en su vocación; pero sí tiene la obligación moral de seguirla, y además de intentar hacerlo de la mejor manera posible. Lo contrario es desbarrancarse en la molicie y en la estulticia, en la homerización de la vida —hablo, desde luego, del decadente Homero Simpson—. La *parola d'ordine* es INTENTALO CUANTO ANTES, AUNQUE SÓLO TE QUEDE UN DÍA, y este punto de vista ancla directamente en la cristiana parábola de los talentos, que está bastante bien explicada en Wikipedia: “[la enseñanza es que] Dios confía sus dones o talentos a los hombres con la obligación de que los desarrollen, que espera una respuesta fructífera por parte de cada hombre, y que la inactividad —por miedo, exceso de precaución o cobardía, pereza, o simple omisión consciente— en hacer rendir los talentos recibidos es criticada por el propio Jesús”.

Al igual que los señalados a partir de ahora con un asterisco (\*), este cuento de oscura teología es una reformulación de una versión anterior a la etapa creadora que inauguró “El vacío”. Nació a partir de un desafío que lancé en un grupo de Facebook, harto yo de la sobreabundancia de esos “microrrelatos” que más parecen composiciones escolares que auténticos relatos, y que tanto daño le hacen a la narrativa. Les había pedido a mis corresponsales: “Dispárenme palabras al azar, y basándome en las cinco primeras escribiré un relato brevísimo”. Ya no recuerdo las palabras, pero este es el resultado. El título es una frase textual de Antón Chéjov que amo citar.

## **El tejido social está cada vez más hecho pelota\***

Parafraseando al genial Fernando Sorrentino de *Sanitarios centenarios*, no tengo cómo probarlo, pero ruego ser creído: juro que el Tío Bebe existe. Y no sólo eso: el personaje de la vida real es mucho más rico —en dólares, entiéndase— que su correlato ficcional; de haber descripto exactamente el perfil del Tío Bebe verídico, hubiera caído en una caricatura inverosímil. De todos modos, ¿quién no conoce a gente así? Los pobres —la “gente lamentable”, al decir de Hillary Clinton— no tenemos tiempo de dedicarnos a destilar quintaesencias; eso más bien queda para los marxistas culturales de Zona Norte.

“El tejido...” fue escrito hace muchos años, por encargo de la revista *Noticias*, para integrar un suplemento de cuentos con gente en vacaciones. Por razones de coherencia temática, no pude sumarlo a los relatos de *La mayor astucia del demonio*; pero creo que sí calza perfectamente en este libro de humor negro, pródigo en personajes de paradójica conducta. El título repite una frase textual que le oí decir en un asado a cierto “profesional de la salud”, también cagado en guita y de ideas avanzadísimas. Un contestatario únicamente de palabra, como tantos Tíos Bebes que hoy pululan por el mundo aplaudiendo el suicidio de Occidente.

## **Cuestión de herencia\***

Cuento “navideño”, también escrito por encargo de la revista *Noticias*, obviamente para una antología de relatos de Navidad. No andarán equivocados quienes encuentren en él más de una similitud con “La púa de puercoespín”, publicado en *La mayor astucia del demonio*. “La púa...” es el primero que escribí de los dos. O sea que este es el segundo en orden de creación, pero no de aparición: fue publicado antes, y hoy lo presento en una versión mejorada. Al decir de algún crítico extraído de los establos de Puan, en relación con “La púa...” vendría a ser una metaficción relativizada que propiciación actitudes narratológicas protorreferenciales. Dicho en román paladino, un perfecto autoafano.

## **El rayo de la muerte de la luna de miel\***



Hace treinta y pico de años, en mi época taoísta y antes de mi extraña conversión al catolicismo, me devoraba cuanto libro sobre esoterismo y parapsicología se me cruzara por el camino. Incluso llegué a tener éxitos asombrosos en la consulta del *I Ching* y en la práctica de la radiestesia y la hipnosis. Y un buen día fui a dar con un ensayo bastante “serio” sobre la energía psicotrónica, que entre otras cosas propiciaba la invención de aparatos que logran conducir dicha energía para ponerla en acción en la vida cotidiana. Por ejemplo, una gota de cucarachicida introducida en uno de esos aparatos, mediante una especie de vudú tecnológico podría acabar de un saque con todas las cucarachas del hogar —me refiero a las cucarachas de seis patas—. Bromas aparte, siempre se dijo que Rusia, con su notoria prosapia ocultista, estaba muy avanzada en la creación de armas psicotrónicas. Personalmente creo que aquello es un simple mito: de existir realmente la posibilidad de crear semejantes carajadas, la vida en el planeta ya se hubiera acabado hace rato por mano de los soviéticos. Como se acabará gracias a Octi, el protagonista de este relato, si uno se pone a pensar en todo lo que el desenlace sugiere: hoy Argentina, mañana el mundo.

Nota para una trivía —y otro hueso para los críticos—: este niño siniestro es aquel mismo pequeño energúmeno torturador de arañas que asimismo trabaja con magia simpática en “Final de fiesta”, el último cuento de *La mayor astucia del demonio*.

## **Lo que acecha bajo el sótano\***

Hace más de veinte años, una versión larguísima de este relato —se titulaba “Lo que viene con el río”— fue justamente rechazada por mi maestro, Vicente Battista, para integrar una antología. La narración pretendía ser un modelo de elipsis, pero no terminaba más y se iba en vicio intentando sugerir las porquerías que pululaban por el sótano inundado. Y el desenlace era absolutamente diferente al de la versión actual. Es claro que jamás se publicó aquella versión primera. Pero me negaba a tirarla a la papelera de la Mac: sabía que algo bueno podría encontrarse para cerrar con garra, como a mí me gusta acabar mis relatos —ya tengan finales “flotantes” o “detonantes”, al decir del gran Jaime Rest—. Y dos décadas después le llegó el momento: le fui sacando al cascote todo lo sobrante, hasta que empezó a despuntar la pepita de oro. El monstruo tentacular que acechaba en él fue despertando, perfilándose cada vez más en mi cabeza como una de esas inspiradoras aberraciones de tinta salidas del talento incomparable del artista Bernie Wrightson. Moraleja: “Papá nunca tira nada”, como reza aquel cómico chiste de judíos.

## **Libre como el sol cuando amanece\***

Durante las fiestas de fin de año del 2012, paramos con Nomi y las chicas en una idílica cabaña a orillas del río Atuel, a unos seis kilómetros de San Rafael. Disfrutaba mi tiempo libre contemplando el paisaje mendocino, practicando natación, trekking y rafting, preparando asados y salsas para mis tres mujeres y bebiendo vinos y cervezas de todo tipo y color. Una tarde, en medio de tantas tribulaciones, se me ocurrió sentarme a escribir un rato, para despuntar el vicio y con

ganas de ver qué salía —soy de los que sólo a medida que van escribiendo descubren qué quieren escribir, es una actividad muy entretenida y recomendable—. Me puse a teclear en mi fiel MacBook, y salió el primer capítulo de una novela que pintaba para comedia negra al estilo de Álex de la Iglesia. Pero aquello fue sólo flor de un día: ya en Buenos Aires, se concretó otro proyecto —el canal de YouTube TallerCyC se lanzó el 1 de marzo de 2013—, y la novela quedó abandonada. Abandonada, pero no olvidada: en estos meses me pregunté cómo convertir ese primer capítulo en un relato que pudiera incluirse en *25 noches de insomnio*. Menudo trabajo. Porque, así como una novela es un fluir centrífugo y extrovertido, que siempre marcha hacia un infinito que algún día terminará, un cuento es una ecuación perfecta y centrípeta: un movimiento espiralado que inexorablemente desemboca en su propio eje, ya tenga un final cerrado o un final abierto. Y entonces, vaya a saber cómo, apareció la idea de disfrazar de bolsa de consorcio al psicópata asesino, y la otrora expansiva narración obtuvo así ese único centro de gravedad característico del relato. No hay un solo narrador serio que no le deba una vela a San Poe de Boston y su teoría de la unidad de efecto. Ni uno.

## Papilla

Antes de empezar con esta glosa, aclaro que soy Maestro Tirador, y vivo apasionado por un deporte que tanta camaradería despierta entre quienes lo practicamos, en contraste con la salvajada cada vez más brutal que se desata adentro y afuera de esos coliseos en que hoy se han convertido las canchas de fútbol.

Lo que voy a contar me pasó sólo dos veces en la vida, en años diferentes y con un hombre y una mujer, pero el escenario fue el mismo: el Tiro Federal Argentino de Núñez. Dos personas no socias —un alumno y una parienta—, a los que había invitado al club a pasar el día entre asados y tiradas, en el polígono se rehusaron a disparar mi pistola semiautomática CZ 75; ni siquiera quisieron empuñarla para ver qué se siente. Y la negativa de los dos, con años de distancia, insisto, y sin que los dos se conocieran, fue exactamente la misma: “No, porque capaz que hago un desastre”. Y conste que no estaban jodiendo ni nada parecido. Esas terribles declaraciones me hacen alabar el sistema preventivo que aplica el Registro Nacional de Armas: entre los requisitos para obtener la Credencial de Legítimo Usuario que lo habilita a uno para la adquisición, la tenencia, el acarreo y el uso de armas de fuego está la de contar con un certificado psiquiátrico. Eso, en cuanto a lo psicológico y lo deportivo. En cuanto al instinto de supervivencia, como flamante abuelo me dije, y le dije a Nomi: “Jamás pondría a mi nieta en los brazos de gente tan tóxica, y sobre todo si coincidimos en el mismo balcón, a treinta metros sobre el nivel del asfalto”. Y de esta última y aterradora convicción salió “Papilla”.

¿Se nota la hijaputez contenida en el título? ¿Se nota que la falta de puntuación me sirve para transmitirle al lector la sensación de estar adentro de una mente enferma, y no para hacerme el banana? ¿Se nota el recontravoluntario homenaje a Julio Cortázar, en las tres últimas palabras del relato? Pulgar arriba para quienes contestaron afirmativamente a las tres preguntas.

Primicia: mientras escribía *25 noches...*, salió un nuevo proyecto, y junto con Nicolás Amelio-Ortiz adaptamos “Papilla” para su versión cinematográfica.

## La Vez Definitiva\*

Este es uno de los primeros relatos que escribí en mi vida, y apareció en *El fantasma del Reich*, el primer libro que publiqué en Sudamericana, allá por 1995. La versión nueva difiere poco de aquella, escrita a fines de la década del ochenta, porque no quise meterle demasiada mano: al decir de Abelardo Castillo, me pareció muy conveniente para el displicente tono de la narración conservar esa rudeza estilística propia de un escritor que recién se estrenaba en la escritura de cuentos. La voz con la que me disfracé a medida que iba urdiendo el relato se la debo a Ambrose Bierce: durante la composición de “La Vez Definitiva” tuve siempre en la cabeza su cuentazo “Aceite de perro”. El truco: describir las peores aberraciones como si tal cosa, para que esa inocente y despiadada indiferencia le sume horror a la historia. Considero como un logro adicional el hecho de que los narradores en primera persona que aparecen en un mismo libro de cuentos tengan sonoridades diferentes.

Las palabras citadas al final-final —“Quisiera irme a vivir con los animales”— pertenecen a Walt Whitman, y creo que aportan ese toque de humor negro que contamina de punta a punta este libro.

## Nunca la soledad fue tan oscura

Honestamente, no podría asegurar si este cuento parte de un episodio autobiográfico que se pierde en La Noche De Los Tiempos De Mi Infancia Asquerosa, parafraseando a J. D. Salinger, o si mi memoria cinéfila y la Loca de la Casa —así calificaba Santa Teresa de Jesús a la imaginación— se aliaron para hacerme creer que todo sucedió de verdad, cuando en realidad no pasó nada. Como fuese, jamás sabré si me ocurrió lo mismo que a Pármeno, de chiquito, con la Celestina. Sí tengo la certeza de que es necesario poner nuestra vida en cada renglón y en cada verso, sacar a pasear a los monstruos y a los fantasmas que nos habitan como un cáncer, a ver si por ahí se quedan afuera para siempre jamás; al menos, después de ejercer tan temeraria actividad, uno no tiene que andar gastando plata en psiquiatras. San Pablo es muy claro en la *Carta a los efesios*, cuando habla de las obras de las tinieblas: “Despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo”.

## El cerebro de Kennedy

Webeando, de casualidad descubrí un artículo que me llamó la atención desde el título: “La desaparición del cerebro de Kennedy trae de cabeza a la historia”. Los detalles que se describían en él halagaron mi sentido del grotesco, y así fui pariendo esta pieza de ciencia ficción, entre carcajada y carcajada. Se la dedico con toda mi admiración a Carlos Chernov, a quien le tomé prestado un personaje de su cuentazo “Eugenia convertida en obra de arte”: el científico loco Gilles de la Tourette. También aquello de “la comunidad necrófila de Buenos Aires” es de

Carlos. Y quiero creer que dicha comunidad no existe en la vida real, aunque confieso que tengo mis dudas.

## **El caso del jacuzzi rojo y el arcón de los recuerdos**

Este policial sin policías es otro de mis cuentos con final sorpresivo, a lo O. Henry. En rigor, casi todos los finales de este libro son *O. Henry endings*, y sabrán disculpar tal anacrónica práctica en una época en que la mayoría de los “relatos” de moda te dejan con la sensación de que les falta desenlace —una cosa es un relato con final abierto, y otra muy distinta es un relato con final inexistente—. A menudo se me antoja que tales “escritorxs” que no acaban nunca deben de tener bastante irresuelta su vida sexual, pero este es un tema digno de mejor análisis.

“El caso...” se inspiró exactamente en la misma imagen de Facebook que describo en él. ¿Qué pasa cuando una simple hoja de afeitar no se usa para el fin con que fue creada? ¿Qué pasa si nos ponemos a convencer a alguien de que no la use para dicho fin, sino para otro muy distinto?

En esta maldita materia, el Código Penal argentino es muy claro —y, a mi juicio, sumamente benévolo—: “Será reprimido con prisión de uno a cuatro años el que instigare a otro al suicidio o le ayudare a cometerlo, si el suicidio se hubiese tentado o consumado”. Me tocó ver por primera vez *Rebecca, una mujer inolvidable* —Alfred Hitchcock, 1940— de muy chico. Y me llenó de terror la expresión de aquella escalofriante Judith Anderson haciéndole la cabeza a Joan Fontaine, desde atrás y por encima del hombro, para que se tire de una vez al vacío desde las alturas de Manderley. ¿Cómo puede existir gente tan hija de puta?, me pregunté en ese momento, y me lo sigo preguntando. Bienvenido al mundo de los grandes, Marcelito.

## **La terapia de grupo y el instinto de cacería**

No podía faltar en *25 noches de insomnio* un cuento de vampiros. En este, la sangre la pone el lector: es curioso, pero creo que acá el *O. Henry ending* se consigue aun cuando, después del punto final, todo está por suceder. Lo del “instinto de cacería” es deliberadamente anfibiológico: se aplica tanto a la hambrienta de acechar como al pijiando de guñar.

Data para la trivia: “Lady Miriam” es el nombre de la bella y exquisita vampira egipcia que encarna Catherine Deneuve en *El ansia* —Tony Scott, 1983—. *Bocata di cardinale*.

## **La patrulla de los chimpancés\***

Otro cuento que en su momento quiso ser novela. Otro cuento inspirado en diversos dogmas progresistas que el demonio nos legó, y que, confrontado con la realidad, se queda corto. Paso a

explicarme.

Esta misma mañana —18/12/16—, cuando me decía que, por la tarde, ya en casa, me dedicaría a escribir el presente comentario, leí en *La Nación* una noticia que al principio consideré como una vulgar falsificación. ¿Cómo tomar en serio un titular que afirmaba PARÍS: JUNTAN MÁS DE 17.000 FIRMAS EN CONTRA DEL “GENOCIDIO” DE LAS RATAS, cuando hoy *la Ville Lumière* está invadida por estos vectores de enfermedades transmisibles, a razón de casi cuatro por habitante? Ya en 2014, la situación en los jardines del Louvre estaba fuera de control, debido a que los defensores de los derechos de los animales llegaron a enterrar el raticida y a consolar a los pobres animalitos dándoles de beber agua pura. Pero, volviendo a la noticia de *La Nación*, en este preciso instante, horas después y ya trabajando en esta glosa, verifiqué que la especie es verídica. Es más: ahora las firmas ya llegan a diecinueve mil. Desde luego que mi personaje Felicidad, de no contar con la platita del “careta de su viejo” para comprar el pasaje de avión, se cruzaría en canoa el Atlántico para firmar gustosamente esa petición demencial.

La ideología del llamado “animalismo” —otro invento del marxismo cultural imperante— busca poner al mismo nivel de derechos a humanos y a animales, olvidando que únicamente es sujeto de derecho alguien que se encuentra en condiciones de asumir las responsabilidades y las obligaciones que todo derecho conlleva. Es obvio que esta dimensión moral no puede ser cumplida por un animal, y eso es lo que no entiende la etóloga noruega de mi relato, quien pretende asignarles cualidades humanas —de “bondad” y de “maldad”— a los chimpancés. Las bestias son como son, y punto. Tendrán prerrogativas, pero no derechos. Lo cual no implica que estas criaturas del Señor deban ser torturadas y explotadas horriblemente, como muchos desalmados hacen, y sin el mínimo escrúpulo. Eso es otra cosa.

El episodio del policía increpado por la gente está basado en hechos verídicos. Casos similares pueden encontrarse en YouTube, y entrecanos nostálgicos del Mayo francés suelen comentarlos y exhibirlos en Facebook, destilando lágrimas de emoción: el público ya ha sido lo suficientemente amaestrado en la aceptación inconsciente del garantismo penal —otro dogma global tendiente a acabar con la seguridad de los estados nacionales, en pro del paraíso igualitario.

En cuanto al hedonismo espiritualista de Felicidad, juro y recontrajuro que las actividades *New Age* que aparecen en el cuento —tales como el Taller de Danza con Hadas o el Taller de Sanación Angélica o el *Ecosexual Workshop*— no fueron producto de la imaginación de un servidor: por más ridículas y absurdas que suenen, todas y cada una de dichas prácticas pueden ser encontradas en la WEB, con un poco de paciencia y mucho de estómago.

## **La bolsa de arpillera\***

Este relato había aparecido en el libro *El fantasma del Reich*, ya mencionado en alguna de estas notas, pero la actual versión es prácticamente una reescritura de ese original. Con una simple lectura comparada, el lector podrá advertir los numerosos cambios estructurales y estilísticos. La anécdota que se cuenta como protagonizada por el psiquiatra suizo-argentino Enrique Pichon-

Rivière es absolutamente verídica, y la vierto tal cual me la narró hace mil años un ex amigo, admirador de Pichon.

En una época, a fines del pasado milenio, este cuento de horror sobrenatural estaba incluido en el cuadernillo de ingreso para el Nacional Buenos Aires. Si alguien puede contar cómo le fue en el examen, bienvenido será.

## La víctima\*

Otro relato ya aparecido en *El fantasma del Reich*, y que ahora sale acá con notorios cambios. Técnicamente, es uno de esos cuentos que empiezan *in medias res* —en medio de la acción—, para que el lector no pierda tiempo leyendo cosas que puede descubrir por sí mismo. Su título es otro ejemplo de anfibología, de ambigüedad voluntaria: ¿quién de los dos personajes es la víctima, eh? ¿El presunto abusador? ¿El abusadito, en caso de que realmente lo haya sido? Dicen que todo buen narrador deja en el camino muchas más preguntas que respuestas, pero supongo que la referencia al camarada Yukio Mishima en el final-final despeja más de una incógnita.

Ah, por cierto: esta es otra de esas historias semiautobiográficas que le echan tuco y pesto a *25 noches...* Hasta el final de mis días conservaré en mi memoria la imagen de mi padre y los amigos tenistas empuñando sus raquetas a la caza del degenerado que pretendió abusar de mí, y encima a cambio de platita. No solamente Viggo Mortensen era habitué del viejo club San Lorenzo de Almagro, por aquellos años: si los cancerberos que te pedían el carné en la puerta se descuidaban, entraba cualquiera.

## Al acecho\*

Nuevo título anfibológico y nueva búsqueda de la cuadratura del círculo —léase: conversión de novela a cuento—. Cuarenta páginas de una novela de ciencia ficción sin destino y archivada por más de una década se convirtieron en este breve policial *con* policías. Lo del albinismo del protagonista es un falso indicio, maniobra distractora que seguramente el lector agradecerá cuando llegue al *O. Henry ending*. La voz del narrador, que podría pertenecer a cualquier adolescente suburbano de la triste Argentina de hoy, pretende transmitir solapadamente el grado de psicosis del personaje. Y otro dato para una posible trivia: el relato arranca con un homenaje no demasiado explícito al Stephen King de la *nouvelle* “Rita Hayworth y la redención de Shawshank”. ¿Lo habías descubierto, querido lector?

## El Justiciero de Palermo Soho

Un episodio bastante autobiográfico, y del cual me ufano, dio la base para este cuento. Le agradezco al ocasional taxista que, lejos de comportarse como mi hipócrita tachero con ínfulas de universitario superadito y niunamenosista, no dudó en seguir mis instrucciones en el intento de rescate de la mujer hipotéticamente agredida. Se trataba de una falsa alarma, pero jamás hubiera podido perdonarme el no haber actuado. ¿Con qué derecho podría después declamar acerca de la defensa del prójimo —sea del sexo que fuere— sin haber movido un solo dedo cuando tuve la oportunidad de hacerlo?

## Tiempos difíciles

Como le pasa a cualquiera, vengo recopilando en mi memoria anécdotas jugosas, cosas que nos ocurrieron a mí y a los demás. Pero casi ninguna alcanza rango de cuento, por más riqueza humana —*oinhumana*— que desplieguen. Cuento y anécdota son dos estructuras muy distintas, y distintos son sus objetivos: la maquinaria del cuento, como enseñaba Cortázar, puede compararse a una especie de “trampolín psíquico” que nos lanza ontológicamente mucho más allá de los límites de la mera historia que uno pretende contar. Porque en la esencia del cuento hay un sentido de universalización, de radiografía del alma, que la anécdota no tiene ni pretende tener. Alcanzar dicho rango, cuando uno está dispuesto a aprovechar sucesos verídicos para obtener de esa materia prima relatos verosímiles, requiere de un olfato especial. Cuando a un experto le ponen ante los ojos una narración equis, su intuición le hace ver —sobre todo en el final del texto— si tal historia “cierra” como cuento. Los escritores primerizos suelen traer al taller especies narrativas lejanamente emparentadas con el cuento —casos, retratos psicológicos, descripciones, y desde luego anécdotas—, y por eso una de mis tareas habituales es mostrarles cómo pueden llegar a convertir esos textos en cuentos que apasionen, hasta que ellos puedan descubrir por sí mismos ese *cómo*. El cuento requiere otra elaboración. Si alguien pretende trasladar las cosas al papel tal como fueron en la realidad, posiblemente la historia no tendrá ni pies ni cabeza, literariamente hablando. El trabajo consecuente y necesario me recuerda la diferencia que hay entre tararear una melodía inventada y volcar esa misma melodía en una partitura. Y con signos claros, para que otro pueda ejecutarla.

Pues bien, con cierto episodio que suelo referir oralmente se da un fenómeno notable: se trata de la única anécdota de mi vida que puede ser llevada al papel —casi— como pasó en la realidad, y venderla como cuento. Esencial y fácticamente hablando, todo lo que sucede en “Tiempos difíciles” entre las frases “Hace décadas (...)” y “(...) de nuestros tiempos tan difíciles” es completamente verídico. Para su escritura partí de un hecho real, una historia desgraciada que me tocó testimoniar hace muchos años.

Pero, con este relato, yo ya estaba dispuesto a ir un poco más allá: la índole de *25 noches de insomnio* me llevaba a tirar la casa por la ventana. Ese párrafo que dice “Pero me equivocaba de medio a medio” introduce una novedad en la historia: anuncia que las cosas no han terminado, que van para adelante. Por eso la necesidad del preámbulo de los dos primeros párrafos, para que el “nuevo” cuento, con su “nuevo” final, cierre simétricamente. Un poco de Yin en el Yang, y un poco de Yang en el Yin.

Dos curiosidades: para el preámbulo pesimista y el loco final ministerial me inspiré respectivamente en los relatos “La señora Bixby y el abrigo del Coronel”, del galés Roald Dahl, y “Victorcito, el hombre oblicuo”, de nuestro Isidoro Blaisten. El universo de citas me incita.

## **Fábula de La Condesa Roja y Abdul Alhazred II**

Para crear el personaje de Martina, La Condesa Roja, me basé en el apogeo y estrepitosa caída de una *flogger* correntina y bisexual; una auténtica *celebrity* en sus buenos tiempos, pero que hoy ha quedado detrás de cámaras —ya la web Fotolog.com ni existe—, completamente olvidada. Un fenómeno subcultural irrelevante, aniquilado por el auge de Facebook, Twitter y YouTube, que a mí me dio tela para llevar la psicosis tecnológica a sus máximas consecuencias.

Al margen de la procedencia lovecraftiana de “Abdul Alhazred II”, me gustaría señalar que mi libro termina con una bruta distopía al estilo de esa excelente serie de televisión titulada *Black Mirror*, que en 2016 ya iba por su tercera temporada. ¿A qué extremos de alienación y decadencia nos arrastrará la tecnoadicción? Parafraseando al genial Thomas Harris de *Hannibal*, ¿qué nos parecerá perverso, si nos mantenemos constantemente expuestos a la vulgaridad y a la lujuria? No lo sabemos, pero valga la metáfora de cierre para mi fabulita. Una anciana decrepita, que en sus años de carne firme supo gozar de los consabidos quince minutos de fama, sigue sin salir del punto de partida: como la serpiente uroboros, vive condenada a devorar su propia cola. *Sic transit gloria mundi*.

*Buenos Aires, barrio de Palermo,  
julio - diciembre de 2016.*



